6427

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LUZ DIVINA.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

DEPOSITO HIDROGRAFICO
LIBRERIA ESPAÑOLA Y ESTRANGERA
de la
REVISTA MEDICA.
Plaza de Sn. Agustin nos 4 y 5
CADIZ.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1861.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de losanos mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobelza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos!

Corregir al que verra.
Canizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Cómo se empeñe un marido! ¡
Con razon y sin razon.
Como se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está local
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El querer y el rascar....
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malval
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lagrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...

Los dos sargentos españ
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero

La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los Amantes de Teruel.
La verdad en el Espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bra
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La Cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (aleg
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
La peor cuña.
Los lazos del vicio.
Losmolinos de viento...

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.
Marta y Maria.

LUZ DIVINA.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/luzdivinadramaen3171losa

LUZ DIVINA.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

ORIGINAL DE

DON JUAN MIGUEL DE LOSADA.

Representado por primera vez en el teatro de Novedades, de esta córte, á beneficio del primer actor y director D. Antonio Pizarroso, la noche del dia 18 de Mayo de 1861.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1861.

AL SEÑOR DON JUAN GUELL Y RENTÉ.

Querido poeta: Hace algunos años que soy tu deudor: hace algunos años que me dedicaste una de tus bellas producciones literarias. Hoy, consagrándote esta, no me propongo pagarte, por dos razones: porque mis versos son inferiores á los tuyos, de modo, que no saldaria mi crédito con ellos; seria lo mismo que descontarte el pagaré con monedas de ilícito comercio. La segunda razon es: porque cuando recibo un beneficio no quisiera devolverle con otro, siempre que haya la sospecha de creer que pago para libertar mi alma del dulce vínculo de la gratitud, vínculo á otros tan pesado.

Tú sabes que soy sincero, porque ya es larga la fecha de nuestro conocimiento; porque sabes que estoy pasado por un crisol... ¡y qué crisol! porque sabes cuántos desengaños he sufrido; porque sabes cuántos grandes tan pequeños he hallado en el camino de mi ingrata juventud! ¡Cuántas perfidias han arrancado lágrimas de mis ojos! ¡Y cuánta resignacion y paciencia he tenido siempre! ¡Pues no habia de tenerla? Sí.

«Al lado de un gran tormento,
»otro tormento mayor
»Dios coloca.....
.....¡Enseñanza
»para el infeliz que olvida,
»que solo es fatal la vida
»cuando muere la esperanza!»

Esta, que tantas veces ha sido tormento para mí, otras ha sido bál-

669976

samo que me ha dado aliento para seguir andando por esta ágria subida de la interminable montaña de la vida... ¡Ay! ¡cuán fatigosa, cuán larga, cuán áspera!... ¡qué transito, qué pruebas! Y yo, no lo ignoras, resignado, casi impasible... y hasta feliz! ¡Hasta feliz! y eso que estoy apenas en la mitad de la senda! «¿Pues qué, me he dicho á mis solas, no crucificaron los hombres á Jesucristo? Y ÉL ¿qué les habia hecho? ¡Y quiero yo ser dichoso? Padece, padece y comprende que nunca debe el hombre en el infortunio abatirse hasta el extremo de olvidarse que es hombre.»

Recuerda, querido, que ni nuestra diversidad de opiniones políticas puede borrar tu memoria de la mia. Te debo favores, consuelos del corazon que no se pagan, porque no se compran con aquel hermoso metal que labra la delicia de algunos seres que nosotros dos conocemos...

Cansado de tratar con tanto y tanto farsante político; desencantado, á fuerza de ingratitudes, me propongo dar á luz mis modestas obras. Y ¿por qué no? En esta época de *progreso*, todo el mundo publica, porque todo el mundo tiene derecho de delirar y de imprimir sus delirios. Yo, que de tantas cosas me sonrio, sin soberbia, y sí con la tranquilidad de la abnegacion, yo sé que entro en una senda erizada de tropiezos; pero como á todo estoy resuelto, como ya no aspiro á los goces de esa turbulenta vida de la política y su periodismo, que tan hondas heridas me ha dado, estoy sereno, esperando el buen tiempo en la borrasca; estoy, asimismo, seguro de que Dios saca el bien del mal; sé que el uno está contenido en el otro, como en la semilla el árbol, y me digo desde la orilla, viendo encresparse el Océano, oyendo zumbar el trueno y estallar la tempestad:

«Inveni portum. Spes et fortuna valete.
»Sat me lucistis: ludite nunc alios.»

¡Qué le podrán importar las injusticias de los hombres á quien tiene el corazon y la conciencia de tu aftmo.

JUAN MIGUEL!

Madrid 31 de mayo de 1861.

Tengo muy poco amor á mis obras literarias; generalmente, la última que compongo es la que mas me gusta. Nunca he tenido empeño, no digo en publicarlas, pero ni en que mis dramas se representen, por mas que hablen tanto á mi corazon y lisonjeen mi fantasia de poeta esos aplausos del teatro, que son tan solemnes, tan augustos, tan seductores... Consagrado desde mis primeros años al periodismo, habia casi prescindido de la literatura, cuando vinieron á pedirme algunas de mis producciones, y lisonjeado con esta honrosa deferencia, dí, no sin violentarme bastante, por pura modestia, este drama que escribí en muy pocos dias, pero que medité en largas vigilias.

¿Qué máximas proclama *Luz Divina*? El triunfo de la paciencia, de la abnegacion, de la caridad cristiana, sobre la soberbia y la ira. Esto es preciso repetirlo dia á dia en el teatro español, ahora que lo ha invadido la literatura traspirenáica trasplantando á nuestro suelo, fecundo en tan altas virtudes, los crímenes de una sociedad conmovida por la Revolucion. Esa Revolucion es el paganismo, y ese paganismo, infiltrado en la sociedad, arranca al corazon sus mas dulces consuelos, cegando en él la fuente de la esperanza y cerrando los oidos á los divinos consejos con que nos fortalece la paciencia, cuando la desesperacion quiere enseñorearse de un alma que debe siempre dominar sobre los rebeldes instintos del ángel de la carne.

Brunilda es, en este drama, el personaje para mí mas querido; yo le he encontrado en la sociedad, y me regocijo de haberle dibujado; despues de Brunilda, Jaime. Ambos estuvieron muchos dias albergados en mi corazon antes que los conceptos que expresan destilaran por los puntos de mi pluma.

Algunas veces me digo: ¿Este es un buen drama? ¿Puede ponerse al lado de los de nuestros aplaudidos autores? No: líbreme Dios de creer semejante cosa. No soy soberbio, ni hipócrita. Creo, sí, que es una obra muy moral; creo, sí, que estos versos pueden llevar la esperanza á algunos corazones desgraciados; creo haber probado cuán útil es la abnegacion, ahora que los intereses materiales dominan, como en ningun otro siglo; ahora que la sociedad está abocada al mas grande cataclismo; ahora que, mas que nunca, la discordia, por el interés, el lujo y los goces sensuales, ha entrado cautelosamente en el hogar doméstico, y se ha sentado... ¿dónde, buen Dios? ¡en el seno de la familia!

Y ¿cómo podrá salvarse la sociedad de la tormenta que la amenaza? No hay necesidad de rechazar ni el liberalismo, ni el progreso, ni la civilizacion moderna. Si *progresar* es perfeccionarse, ¿de qué modo mejor podemos alcanzar esa perfeccion que teniendo dominio sobre nosotros mismos? Un ilustre arzobispo, mi amigo, dice:

«Todo cuanto hay de bueno, de justo y de generoso en la moderna civilizacion; todo cuanto eleva el alma y ennoblece el corazon y promueve la preponderancia del espíritu sobre la materia; todo cuanto es útil al progreso ordenado en las ciencias, en la industria y en las artes; todo cuanto propende á aliviar el peso de los sufrimientos inevitables en esta tierra de peregrinacion para la patria celestial, lo aprueba el Pontificado, lo anima, lo sanciona.»

Y cuando se dice *el Pontificado* se dice *el Catolicismo*,

porque él es el foco de la legítima doctrina del progreso, y el Papa su primer apóstol.

He querido probar, creando á Brunilda, que cuando la mujer es prudente labra la felicidad del hombre, y que esto se consigue solo cuando ocupa en la familia el rango en que la ha colocado Jesucristo. Brunilda convierte á D. Jaime con la persuasion, con la bondad, con la dulzura; siempre le compadece. Cuando una vez llega á irritarse, á perder su calma, se reconviene ella misma y se pregunta: «¿Por qué no me contuve?—¡POR QUÉ NO ME DOMINÉ!» Hé aqui expresado lo que hacer debe la mujer sensata cuando quiere ser amada y respetada y obedecida. La mujer vence con el atractivo de su mansedumbre.

Yo hago decir á D. Jaime:

¿Por qué me deleita el mal?
¿Por qué me deleita el bien,
y siento á un tiempo tambien
esta bárbara, letal,
lucha tremenda? ¡Gran Dios!
¿Por qué no puedo elegir,
y queriendo decidir
me decido por los dos?...

¿Por qué? Porque

«Dios fortalece el valor
SI ES FIRME LA VOLUNTAD
de dominarse. ¡Es verdad!
Me voy sintiendo mejor
CON SOLO QUERERLO...

Véase que aqui, haciendo á este hombre luchar, le presento, por la fuerza de su voluntad, dirigiendo su albedrio: hé aqui la libertad considerada solo como *atributo* del alma y la voluntad como directora de las otras potencias.

Cuando D. Jaime se resuelve, decididamente, ya se lo dice á la Aldonza:

«Tan grande fué mi maldad,
que ni acierto á darle nombre;
mas hoy empiezo á ser hombre
PUES MANDO EN MI VOLUNTAD.»

Esto, se me dirá, es sumamente árido, y, ademas, muy delicado para llevarlo al teatro... Concedido. Pero tuve la satisfaccion de que se aplaudiera, y mucho. Sírvame este goce de recompensa á mis buenas intenciones, ya que vivimos en un pais y en una época en que todavia los literatos españoles imprimen sus libros en el extranjero.

Estas ideas son las que yo trato de llevar al teatro: la religion es un sentimiento; es preciso despertarla en el corazon de este noble pueblo español, mas liberal que ninguno, mas valiente que ninguno, mas generoso y mas grande que ninguno, sin hacerle renegar de las máximas espirituales y morales que, en mas gloriosos tiempos, inflamaron en el corazon de nuestros abuelos esas heróicas inspiraciones, que la historia conserva, y que, á impulsos de ellas, fuimos un dia grandes, célebres y respetados y temidos.

No creo haber dicho nada nuevo en este drama: es, como mio, tan modesto, tan ajeno á toda pretension, que desde luego reconoceré como defectos cuantos la crítica me señale como tales; y, si es justa la censura, los corregiré algun dia, si llegare á reimprimirse. Aun cuando he dicho que tengo poco amor á mis obras, á esta la quiero mucho.

Estoy satisfecho del éxito, que ha sido superior á mis esperanzas, y aseguro que no por lo que diera de sí la produccion, sino porque no es posible que se ensaye nunca un drama con mas afan, con mas esmero.

A la señora doña Paulina Andrés se le han prodigado elogios que no pecan de lisonjeros, porque son justos. No hay juez mas competente que el público, y no hay triunfo mas legítimo para un actor que oir aplausos espontáneos y merecer que se le obligue á repetir alguna escena en que, interpretando bien al poeta, se haya conmovido al espectador. Un periódico, el mas popular de España, *La Correspondencia*, ha dicho, juzgando á esta señora: «En el papel de la protagonista, estuvo á la altura de lo que es, una primera actriz digna de la córte. Al decir de un distinguido literato, los versos recitados por la señora Andrés fluian como un arroyo de perlas derramado por una garganta de oro.»

Esta frase última, que es tan bella como poética, ha tenido suerte; la ha reproducido casi toda la prensa, y me ha parecido digna de ese honor, no por lo que dice de mis versos, sino por lo que dice de la actriz. Creo que la señora Andrés tiene un porvenir en la escena española, y me complazco en haberle dado el papel que mas quiero de cuantos tengo escritos.

La señora Segarra en el de Aldonza, asi como Doña Concepcion Sampelayo en el de Fortuña, contribuyeron mucho al éxito.

Dos palabras consagraré á D. Antonio Pizarroso. Desde que se repartió el drama dijo siempre: «Esta obra se pone en escena como si fuera mia.» Asi se hizo. Quien tiene la conciencia artística de Pizarroso, ¿necesita de mis aplausos?

Pocas veces he gozado tanto en los ensayos como gocé en los de *Luz Divina*. De tal interés estaban animados todos los actores, tal cariño tomaron al drama, y lo que es mas, al poeta. Se decoró con gusto y propiedad, porque el Sr. Blancas quiso darme una prueba de su habilidad reconocida.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galería dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

PERSONAS.	ACTORES.
BRUNILDA	Doña Paulina Andrés.
ALDONZA	Serafina Segarra.
FORTUÑA	Concepcion Sampelayo.
D. JAIME	D. Antonio Pizarroso.
D. RODRIGO	Manuel Garcia Muñoz.
D. JUAN	Antonino Bermonet.
ANDRÉS	Lázaro Perez.
MIGUEL	Tomás Infante.
RAMON	Antonio Galvan.
CRIADO 1.º	Atanasio Estrellas.
IDEM 2.º	Telesforo Garralon.

Un niño de tres á cuatro años.—Peregrinos.—Soldados.—Gente del pueblo.

Reino de Aragon: Agosto de 1231.

ACTO PRIMERO.

Castillo feudal cerca de Barcelona, orillas del mar. Cámara espaciosa. Dos arcos, que arrancan de una gruesa columna en el centro, forman la pared del foro. Estan cerrados con vidrieras de colores, que, abiertas á su tiempo, dejan ver un pedazo del cielo. Puerta secreta en la pared de la columna en que estriban los arcos. Cuatro laterales. Trofeos de armas y retratos de familia, á gusto del director de escena. Mesa con tapete, blasonado con corona de baron. Lámpara gótica, pendiente del techo, en el centro del teatro. Sitiales, los que convengan: uno junto á la mesa. Es de tarde.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL, ANDRÉS.

MIGUEL. Quedas, Andrés, instalado
en tu destino. Esta cámara
es la pieza en que á la tarde
está la señora. Acabas
á las seis, ó seis y media,
las haciendas, y te pasas
aqui.

ANDRES. Bien.

MIGUEL. Los vidrios abres

de este modo. (Abre una vidriera.)
¡Aquella!
(Señalando la otra é indicando que la abra.)
Encajas
asi las hojas, á fin
de que el aire, cuando pasa,
no las destroce. (Hace lo que dice.)

ANDRES. Te entiendo.
(Bajan al proscenio.)

MIGUEL. Pues, cumpliendo con las santas
obras de misericordia,
concluiré con dos palabras.
Nuestro amo, que en paz descanse,
fué del excelso monarca (Se descubren.)
don Jaime el Conquistador,
íntimo amigo. Bastaba
que mi señor le dijera:
«Esto conviene,» palabra
de rey.

ANDRES. ¿Conque si?

MIGUEL. Don Jaime,
con el Baron de Moncada,
nuestro señor, concertó
de Mallorca la campaña.
Lo demas, ya tú lo sabes.
Surcan las naves las aguas,
nuestras haces á la isla
llegan, lidian, vencen...

ANDRES. (Dándose por enterado.) Basta.

MIGUEL. Mas nuestro amo, don Rodrigo,
¡noble Baron de Moncada! (Con melancolía.)
despareció en el combate,
y aun hoy mismo ignora el ama
si quedó en la lid cautivo
ó exhaló en la lid el alma.

ANDRES. ¡Pobre señora!

MIGUEL. Si: es (Conmovido.)
el ángel de esta comarca. (Pausa.)

ANDRES. Pero, en fin...

MIGUEL. Dejemos eso. (Mudando de tono.)
Hay, además, en la casa
un don Jaime...

ANDRES. ¿Jaime? (Con extrañeza.)
MIGUEL. Si.
ANDRES. ¿Pariente?
MIGUEL. No: ¡mala casta!
ANDRES. ¿Es malo?
MIGUEL. Es un hombre, Andrés,
eso si, de buena traza,
buen talle...
ANDRES. ¿Y el corazon?
MIGUEL. Paréceme que le falta.
ANDRES. ¿Es posible?
MIGUEL. Le detestan
cuantas personas le tratan,
ménos dos.
ANDRES. ¿Y quiénes son? (Con viveza.)
MIGUEL. La primera es una dama.
ANDRES. ¿La señora?
MIGUEL. Ciertamente.
ANDRES. Nombrar la segunda falta.
MIGUEL. ¿La segunda? Un sacerdote.
ANDRES. Pues son bien débiles ambas.
MIGUEL. Y sin embargo, por ellas (Con ira.)
no está donde debe...
ANDRES. ¡Calla! (Calmándole.)
MIGUEL. Díscolo, frio, soberbio,
¡vive Dios! ¡no tiene entrañas!
Ni dá á nadie una limosna,
ni enjuga nunca una lágrima.
¡Jamás le hemos visto en misa!
ANDRES. ¡Jesus! ¡Jesus! (Con hipocresía.)
MIGUEL. Y eso que anda
siempre con el sacerdote...
ANDRES. ¿Cristiano?... (Rápidamente.)
MIGUEL. (Despues de una breve pausa, y notando que Andrés se muestra arrepentido de su pregunta.)
¡Pues no faltaba
sino que fuera judio!
ANDRES. Quise decir... (Turbado.)
MIGUEL. Si, si: basta, (Convencido.)
ya te entiendo.
ANDRES. ¡Un sacerdote! (Preocupado.)
MIGUEL. Pedro Nolasco se llama.

¡Hace milagros! ¡Es santo!

ANDRES. Ese don Jaime... (Con interés.)

MIGUEL. Aqui campa
como señor.

ANDRES. Pero, dime:
¿es pariente de la casa?

MIGUEL. Cuando el amo se marchó,
don Jaime quedó en la cama
enfermo con fiebres: quiso
el amo que se quedara,
y se quedó. La señora,
que cuando el Baron hablaba
parecia un angelito
pendiente de sus palabras,
bastó que el señor quisiera,
para que ella se mostrara,
si no contenta, á lo ménos
obediente, y nos decia: «¿Lo manda
mi esposo y señor? Amigos,
resignarse.»

ANDRES. ¡Cosa rara!

MIGUEL. (Mudando de tono y como satisfecho.)
Hace tres ó cuatro meses,
que parece que se amansa
don Jaime. Con la señora
dos y tres horas se pasa
disputando sobre...

ANDRES. (Rápidamente.) Qué...

MIGUEL. Sobre moral.

ANDRES. ¿Y qué casta
de avechucho?...

MIGUEL. ¿La moral?
Es, asi...

ANDRES. (Socarronamente.) ¡Fruta muy grata!

MIGUEL. La moral es una cosa...

ANDRES. ¿No es un pájaro?

MIGUEL. Ni pájara.
¡Es cosa de letras!

ANDRES. ¡Digo!

MIGUEL. ¡La señora es una sábia!
¡Fray Pedro le dió lecciones!

ANDRES. ¿Qué me cuentas, camarada!

MIGUEL. Iba á ser monja, mas luego
su padre quiso casarla,
y casó, contra su gusto,
con el Baron de Moncada.
Pero ¡cuánto sabe!

ANDRES. ¿Mucho?

MIGUEL. Cuando aqui disputan, hablan
asi:—Don Jaime.—«Señora,
yo niego que exista el alma!»
Y la señora—«¡Jesus!»—
y se persigna, y agarra
á san Agustin...

ANDRES. Qué, ¿vive
ese tambien en la casa?

MIGUEL. Hombre, no. San Agustin
es un libro.

ANDRES. ¡Vaya, vaya!

MIGUEL. Y la señora contesta:
«Ergo,» pues... ¿me entiendes?

ANDRES. Nada.
Dí: mas ¿don Jaime, es pariente?

MIGUEL. No seas pesado, caramba.
Es un amigo del amo;
se trataron cuando andaba
en guerra el Baron.

ANDRES. ¿Qué tiempo?...

MIGUEL. Tres años hizo por Pascuas.
¡Le tenia de tal modo
sorbido el seso!...

ANDRES. Me extraña...
siendo el Baron, segun dicen,
terco y tenaz, que triunfara
de su carácter don Jaime.

MIGUEL. Le dominó con su lábia,
con ese aquel...

ANDRES. ¿Tanto?

MIGUEL. Tanto,
que le dejó con el ama.

ANDRES. No te comprendo.

MIGUEL. (Con misterio.) El Baron
era celoso.

ANDRES. (Con malicia.) Pensaba...

MIGUEL. Como casó la señora
contra su gusto...
ANDRES. Mas...
MIGUEL. Calla.
La señora, como dije,
quiso ser monja; la casa
su padre... obedece...
ANDRES. Y luego...
MIGUEL. En su marido adoraba.
El Baron era soberbio,
y aunque tuvo un alma honrada,
era fiero, caprichoso...
¡No me olvido de su cara!
Tenia estos cinco dedos
mas fuertes que una tenaza,
y en metiéndosele aqui (Señala su cerebro.)
un capricho, ¡Vírgen santa!
¡temblaba hasta la señora!
ANDRES. ¿Y ella?
MIGUEL. ¡Bah! como se os pasa
las horas muertas rezando...

ESCENA II.

MIGUEL, ANDRÉS, FORTUÑA, RAMON.

FORTUÑA. (Desde el foro, en tono de reconvencion.)
En comenzando tu charla...
MIGUEL. (Señalando á Andrés.)
Le daba instrucciones...
FORTUÑA. (Observándole.) ¡Hola,
tú tienes cara de alhaja! (Á Andrés)
¿Has tomado posesion
de tu destino?...
(Con bondad. Andrés se arrodilla con hipócrita humildad.)
Levanta,
que solo se postra el hombre
ante Dios, ó ante el monarca,
que, como padre, es su imágen. (Pausa)
¿Qué oficio tienes?
(Momento de silencio: Fortuña le indica que replique.)

ANDRES. (Indeciso.) Es...
FORTUÑA. (Con afectuosa ternura.) Habla.
ANDRES. (Retorciéndose la manos con inquietud.)
Ninguno.
FORTUÑA. Pues el ocioso,
detestable vida arrastra.
Oficio tendrás aqui.
Don Rodrigo de Moncada,
señor de este feudo...
ANDRES. (Hipócritamente.) ¡Sea
por mil años!
FORTUÑA. Bien. Alza, alza
la cabeza. Del señor
entrarás en la mesnada,
y segun aqui te portes,
asi alcanzarás su gracia.
Él trata á sus feudatarios,
cual padre á sus hijos trata;
pues somos una familia
en el seno del que abarca
cielo y tierra, y con su sangre
vino á lavar nuestras manchas.
¡Eh! Ya lo sabes, Andrés.
Aqui tendrás de labranza
dos aranzadas: sus frutos
á mitad...
ANDRES. Sé...
FORTUÑA. Tendrás cama
en que descanses el cuerpo,
y vestido...
ANDRES. Muchas gracias.
FORTUÑA. Segun la estacion.
(Sacando del limosnero unas monedas, que Andrés toma.)
Propina.
Cuatro besantes de plata
para ropa.
ANDRES. Gracias...
FORTUÑA. Vélos,
no son jaquesas.
ANDRES. Es dádiva...
FORTUÑA. Que la jaquesa es moneda

que tiene liga muy mala.
Anda con Dios.

ANDRES. (Reverentemente.) ¡Él os oiga!

FORTUÑA. ¡Que te auxilie con su gracia!
Te necesito, Miguel.
(Este se marchaba con Andrés, quien hace una cortesia á la manera de los árabes. Fortuña le contempla.)
¡Qué pobre miseria humana!
(Suspira con dolor de lástima y se coloca entre sus interlocutores.)

ESCENA III.

MIGUEL, FORTUÑA, RAMON.

FORTUÑA. (Con misterio.)
Muchachos, hay novedades.

MIG. y RAM. ¿Novedades?

FORTUÑA. Y muy malas.

MIGUEL. ¡Válanos Cristo! ¿Qué es ello?

FORTUÑA. El Viejo de la Montaña...

MIGUEL. ¿El ermitaño?

FORTUÑA. ¿Cuál? (Con extrañeza.)

MIGUEL. Ese
que tiene su gruta alzada
en la cumbre de los cerros
en donde anidan las águilas.

FORTUÑA. ¡Qué disparate!

RAMON. ¿Pues quién?...

FORTUÑA. ¿No sabeis de quién se trata?

MIG. y RAM. No.

FORTUÑA. ¿No?
(Señal afirmativa de los dos.)
Pues si yo creia...
Diré quién es y qué pasa.
Pero entendedlo, muchachos,
que mientras sola esté el ama
es preciso estar alerta;
pues pudiera una desgracia,
una desgracia muy grande,
sobrevenirnos.

MIGUEL. (Preocupado.) Nos pasma...
FORTUÑA. Atended. Sabeis, de sobra,
que nuestro augusto monarca
(Se descubren.)
arroja de sus dominios
á la morisma: su espada
es el rayo que destroza
á las hordas africanas,
pues, segun su alteza dice,
con la cola las espanta
de su indómito caballo.
Pues bien, Mallorca ganada,
quiere el rey llevar la guerra
al Asia.
MIGUEL. ¡Á la Tierra Santa! (Con júbilo.)
FORTUÑA. Si.
RAMON. ¡Qué delicia!
FORTUÑA. Sabed
que el Viejo de la Montaña
quiere impedirlo.
MIGUEL. Decidnos,
¿quién es ese hombre?
FORTUÑA. Pausa,
y vais á saberlo todo.
Como el Baron de Moncada
instó siempre al rey, ansiando
llevar al Asia las armas
aragonesas, y al rey
le sobraron siempre ganas
de acometer esa lucha,
hé aqui que el vil viejo manda
que se le siga la pista
al Baron.
MIG. y RAM. ¡Cómo!
FORTUÑA. Sí, para
quitarle, tal vez, del medio,
y que el rey desista.
MIGUEL. ¡Infamia!
RAMON. ¿Quién es ese viejo?
FORTUÑA. Vive
lejos.
MIG. y RAM. ¿Lejos?

FORTUÑA. En el Asia.
(Señal de satisfaccion y confianza en Miguel y Ramon.)
Mas para el puñal de ese hombre
no hay fronteras ni distancias.
Escuchad...
MIG. y RAM. Si... (Con zozobra.)
FORTUÑA. (Con asombro y solemnidad.)
Con cuidado:
¡y sabreis adónde alcanza
su poder!
MIG. RAM. (Agrupándose con interés á Fortuña.)
¡Ah!
FORTUÑA. Se divide
el Islam en sectas varias.
Siria, Kiustan y Gebal,
bajo el cetro de un monarca,
forman un reino, erigido
cabe el Líbano: allí manda
el Sheik-al-Gebel: con esta
denominacion se llama
en árabe, y significa
anciano, *señor*. ¿Eh?—Cata
que, como *anciano* y *señor*
allí no son voces varias,
sino un título, un dictado,
los cristianos, al monarca
no *anciano*, no, sino *viejo*,
por barbarismo, le llaman;
y como reina en Gebal,
y en ese idioma del Asia
la voz Gebal significa
montaña, pues, la palabra
anciano por la de *viejo*
allí los cristianos cambian,
y al rey aquel denominan
«el Viejo de la Montaña.» (Pausa.)
Mas no hay semejante viejo,
ni dicho rey peina canas,
que es un mozo, amamantado
con sangre de tigre hircana.
Es el jefe de una secta

que tiene por lema: «Nada
es verdad, y todo es lícito.»
De modo, que los que acatan
sus órdenes, son sus ciegos
instrumentos de venganza.
En aquese reino imperan
las delicias que á las almas
ofrece el Corán.—Allí,
al dulce rumor del aura,
los árboles se cimbrean
con ricas pomas; las aguas
saltan en conchas brillantes
de cristales y de nácar;
allí, en suma, el paraiso
se ofrece en alegre estancia,
por donde quiera manando
arroyos de miel... y es tanta
la obediencia de los viles
sectarios de ese monarca,
que si él dice á un hombre:
«¡muere!» al instante se mata.
Le visita un personaje:
él le sube á la mas alta
torre de su régio albergue;
acércase á un atalaya
y dice impasible: «¡Tírate!»
Al foso el hombre se lanza
y ¡pluff!! ¡se estrella!—«¿Le veis,
añade el rey: mi palabra
esperan, para matarse,
¡setenta mil!»

RAMON. ¡Vírgen santa! (Azorado.)

FORTUÑA. Los jóvenes, educados
entre músicos y danzas,
y placeres y festines,
con cierta pasta se embriagan
que, entre sueños, les ofrece
de la gloria la morada;
y cuando el rey los trasporta
á otro sitio, gimen, ánsian
por volver al paraiso
que pierden; el ruin monarca

les dice entonces:—«Matad
á tal señor.» Les señala
el que le estorba, y añade:
«¡Si moris en la demanda,
aqui os espera la gloria
que deparo á vuestras almas!...»
Y á la Europa los envia
á servir á sus venganzas.
¡Es rey de los asesinos! (Con terror.)

MIG. y RAM. ¡Santo Dios!

FORTUÑA. ¿Esta palabra
os aterra?

MIGUEL. ¡Cielos!

FORTUÑA. Oye.

MIGUEL. (Como ensimismado.)
¡Los asesinos!

RAMON. ¡Qué infamia!

FORTUÑA. Se ha visto á los de esa secta
cristianizarse... ¿te extrañas? (Á Miguel.)
hacerse amigos de un hombre;
y en logrando su confianza,
el corazon destrozarle
con el hierro de una daga.
Ese tremendo poder,
que se extiende por el Asia,
y que se siente en Europa
por sus estragos, ataca
al señor en su castillo,
al rey en su mismo alcázar.
Pues bien, amigos, en esta,
mirad, en aquesta carta,
me lo dice un sacerdote...
(Muestra un pequeño pergamino que saca del limosnero.)

MIGUEL. ¡Fray Pedro Nolasco!

FORTUÑA. Basta
á prevenir vuestro celo
de ese santo las palabras.
Ayer me dijo...

RAMON. ¿Qué os dijo?

MIGUEL. Decidlo pronto.

FORTUÑA. En la playa

de Barcelona.—«Fortuña,
que anda en torno de tu ama
un asesino!»

MIGUEL. ¡Imposible!

FORTUÑA. Y hoy la noticia me estampa
como la veis.
(Mostrando nuevamente el pergamino, que enrolla y guarda.)

RAMON. (Asombrado.) La señora...

FORTUÑA. Prudencia, no hay que asustarla:
un jóven, que peregrino
á Compostela se marcha,
esto me trajo: (El pergamino.) me avisa
que, rumbo acá, se adelantan
los redimidos cautivos
que vuelven hoy á la patria,
y me añade que fray Pedro
les precede...

MIGUEL. ¡Suerte fausta!

FORTUÑA. Tambien fray Pedro me pide
el caballo de batalla
de nuestro amo.

MIGUEL. (Con interés.) ¿Para quién?

FORTUÑA. No lo dice. Sin tardanza
dispuse que á Barcelona
enjaezado lo llevaran.

MIGUEL y RAMON. ¿No ha muerto el amo?

ESCENA IV.

MIGUEL, FORTUÑA, RAMON, D. JAIME.

Cuando ambos criados preguntan con interés, dice D. Jaime, desde el foro, con imperio, la voz que tiene señalada. Los criados se separan mústios y desazonados. Vánse.

JAIME. ¡Fortuña!
¿Con qué facultades mandas
llevar afuera el caballo
que fué de Rodrigo?

FORTUÑA. ¿Nada (Con re[illegible]
significa aqui Fortuña?
JAIME. Nada.
FORTUÑA. Pues bien, la tardanza
(Despues de una pausa.)
será corta. Vendrá pronto
el animal.
JAIME. Esa calma
irrita mas mi furor.
FORTUÑA. Me odiais sin saber la causa.
JAIME. Á tu señora le avisa...
Pronto.
FORTUÑA. (Saludando.) ¡Voy! (¡Uf, qué cara!)
(Váse por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA V.

D. JAIME, D. JUAN, por el foro izquierda. D. Jaime dá un paso hácia el foro, y vé á D. Juan, que se adelanta jubiloso.

JUAN. ¡Don Jaime!
JAIME. (Con asombro.) ¡Cómo, don Juan!
JUAN. Ya comprendo. ¿Os maravilla
mi presencia?
JAIME. (Con cierto disgusto.) ¿Qué ventura...
JUAN. ¿Pensabais que yo vendria
con los cautivos?
JAIME. (Con extrañeza.) ¡Cautivos?...
JUAN. Vienen á pié. Las familias,
segun dicen, al encuentro
salen de ellos... madres, hijas,
esposas, niños, ancianos,
les detienen, les animan
á seguir la marcha...
JAIME. (Con inquietud.) Pero...
JUAN. Precede á la comitiva
fray Pedro.
JAIME. (Con embarazo.) ¡Qué! ¿Viene acá?
JUAN. Delante de ellos camina.
JAIME. ¿Le visteis?
JUAN. Me lo dijeron,

y cuentan que les anima
cantando salmos, y en coro
responde el pueblo.

JAIME. (Preocupado.) Podria...
(Pero, es imposible.)

JUAN. Miro
que os conmoveis.

JAIME. La...

JUAN. (Con efusion y tomándole una mano.)
¡Precisa
cualidad de un alma noble!
¡Qué generoso!

JAIME. (Con inquietud.) Brunilda...

JUAN. Á vos os busco. No quiero
hablarle yo todavia
sin que...

JAIME. Mas decid:
¿os ha traido noticias
de Rodrigo?

JUAN. (Con candor.) No.

JAIME. (Á modo de quien pugna consigo mismo, no queriendo dar una infausta nueva.)
Conozco...

JUAN. Decid, decid... (Ansioso.)

JAIME. Os lastima
el corazon mi rudeza;
mas no es bien que se conciban
lisonjeras esperanzas
que el tiempo no justifica. (Pausa.)
Rodrigo... ha muerto.

JUAN. ¡Don Jaime!

JAIME. Norabuena que á Brunilda
se la persuada que vuelve,
porque es mujer.

JUAN. Pero...

JAIME. (Con suma zozobra.) Viva
alimentando la idea
de que existe: vendrá el dia
en que se la dé, con calma,
la malhadada noticia.

JUAN. Pero si Rodrigo...

JAIME. ¿Qué?

JUAN. (Con efusion.)
Le veo...
JAIME. (Con extrañeza.) ¡Eh!
JUAN. ¡Con la vista
del alma!
JAIME. ¡Bah!
JUAN. Que me anuncia
que vive...
JAIME. ¡Cuál se alucinan
los hombres!
JUAN. (Con ternura.) ¡Don Jaime!
JAIME. Dice
alguno: «¿Le ví?»
(Le contempla con mirada indagadora.)
JUAN. ¡No!
JAIME. ¿Afirma
fray Pedro que existe?
JUAN. No.
JAIME. Pues si viviera, ¿podria
no correr á nuestros brazos
al instante?... ¡Él! que delira...
ó deliraba... (Fingiendo pesar.)
JUAN. ¡Dios mio!
JAIME. Por su adorada Brunilda,
¿cómo pudiera, ¡alma noble!
tenerla asi sumergida
en la duda que la mata
y á todos nos aniquila?
¿Y quién, primero que yo,
su vuelta á su hogar sabria?
¡Cómo no avisarme? Vamos,
quien le espera se alucina.
¡Ay, don Juan, Rodrigo ha muerto!
JUAN. ¿Sabéislo de fijo?
JAIME. (Sacando de la escarcela dos ó tres pergaminos.)
Digan
la verdad aquestas letras.
Tomadlas.
JUAN. No, me contrista
hasta verlas. Mas, don Jaime... (Con duda.)
JAIME. ¿Cuáles son vuestras noticias?
JUAN. (Con pesar.)

Ningunas.

JAIME. ¿Veis?

JUAN. Ese monje...

JAIME. ¿Ese buen fraile? ¡Delira!

JUAN. Me anuncia que espera.

JAIME. ¿Espera?
¡como siempre!

JUAN. ¡Nos anima
con tales palabras! Dice:
«Dios querrá que llegue el dia
en que pueda sorprenderos
con faustas nuevas.»

JAIME. Que libra
del cautiverio, á doscientos
labradores; que las viñas
tendrán brazos que las cuiden,
para que el diezmo... Noticias
inocentes, vaguedades...
La gente de iglesia cifra
su cuidado en expresarse
con locuciones ambiguas;
en no queriendo ser francos
los buenos padres, indican
con reticencias...

ESCENA VI.

D. JAIME, D. JUAN, FORTUÑA.

JUAN. (Á D. Jaime para que calle.) ¡Fortuña!

FORTUÑA. (Á D. Jaime.)
La señora se aproxima.
¡Señor! (Á D. Juan, con alegria.)

JUAN. (Con zozobra.) ¡Fortuña!

FORTUÑA. (Animándole.) ¿Qué es eso?

JUAN. (Fingiendo serenidad.)
Nada.

FORTUÑA. Estais... Que vuestra hija
no os vea, señor, asi.

JUAN. (En actitud de partir.)
Es verdad.

FORTUÑA. ¿Sabeis?... ¡Qué dicha!

Pero, ¿cómo? ¿No encontrásteis
por el camino?...

JAIME. (Disimulando su impaciencia y aludiendo á la tristeza de D. Juan.)
Brunilda...

FORTUÑA. ¿No hallasteis á los que vuelven
de Argel?

JUAN. No. Tomé la orilla
del mar, y llegué mas pronto.
Inquiero.... (Disimulando su angustia.)

FORTUÑA. Bien. (Pendiente de sus palabras.)

JUAN. Y me explican
que sale al encuentro el pueblo. (Se aflige.)

FORTUÑA. Ánimo, señor.

JAIME. (Que impaciente se habrá sentado dando muestras de que está disgustado. Se levanta y acercándose dice, como antes.)
Podrian...

JUAN. (Aparentando calma.)
Si, no verá mi semblante.

FORTUÑA. De la torre se divisa
el campo todo. Venid.
(Fortuña, gozosa, indica á D. Juan que la preceda. Llegan juntos á uno de los arcos del foro, y se detiene, haciéndole una reverencia para que pase primero. En cuanto Andrés, que estará en el otro arco, vé á D. Jaime solo, entra en el teatro.)

ESCENA VII.

D. JAIME, luego ANDRÉS.

JAIME. ¡Estúpidos! ¿Resucitan
con lágrimas los que mueren?
No volverá.

ANDRES. (Con humildad.) ¡Señor!
(D. Jaime le toma de una mano, despues de que le ha reconocido, le atrae, le contempla rápidamente. Andrés le dice bajo, en tono de inteligencia y poco respeto, poniéndose un dedo en la boca, en señal de que D. Jaime no hable alto.)
¡Miran

hasta los muebles!

JAIME. (Asombrado.) ¡Tú, tú!

ANDRES. Baja la voz. (Cauteloso.)

JAIME. Vé que pisas
sobre un volcan.

ANDRES. (Con indiferencia.) ¡Phs!—Te traigo
de nuestra tierra noticias.

JAIME. Pero ¿cómo has penetrado
en este castillo?

ANDRES. ¡Linda
pregunta! (Mirándole con descaro.)
Por donde todos.

JAIME. Dejémonos de ironias.

ANDRES. ¿Quién me conoce?

JAIME. Tal vez...

ANDRES. ¡Qué! ¿Se distingue la crisma
de los cristianos? Se borra, (Con intencion.)
cual se borran en la vida
muchas cosas.

JAIME. (Señalando para adentro, por donde ha de salir Brunilda.)
¡Que vendrá!

ANDRES. (Levantándose en las puntas de los pies y mirando por donde D. Jaime.)
¡Si desde aqui se divisa
el interior! No te espantes.

JAIME. (Con ira reprimida.)
¡Ismael!

ANDRES. Andrés. (Con sorna. Pausa.)
¿Creias,
como dicen los cristianos,
que yo no entiendo la Biblia?

JAIME. Bien, ¿á qué has venido?

ANDRES. (Con calma y descaro.) Á verte.
Mirando que pasan dias,
meses, y, ¡dos años! justos:
viendo que no estan cumplidas
las órdenes del señor... (Le mira con mofa.)
Vengo á seguirte la pista.

JAIME. (Fingiendo tranquilidad.)
¿Aqui te llamas?...

ANDRES. Andrés,

te lo repito. No digas
que te comprometo.—Llego,
me visto... asi... (Mírase de arriba á bajo.)
¿Pasaría
por andaluz?... Pues me toman
por lo que digo. En Sevilla
viví diez años.

JAIME. (Queriendo sacarle de la escena.)
¡Andrés!...

ANDRES. (Imperturbable.)
Llego á la aldea vecina,
pido trabajo, me dicen
que ocupacion me darian
aqui. Del cura me cuelgo
del lugar; á los diez dias
¡era un gusto que me vieras
ayudándole la misa,
limpiándole la sotana,
barriendo la sacristia!

JAIME. (Con inquietud.)
¡Andrés!

ANDRES. Si, sé á quién esperas.
Conozco una moza... Chica
que metida en un harem
fuera, quizás, favorita...
Parlo, y parlo bien. Mi mano
ventura eterna la brinda
con el santo nudo. Acepta,
me recomienda á Brunilda,
y aqui me tienes. ¿Te espantas?
Sé, compañero, que picas
muy alto.
(Dándole una palmadita en un hombro.)

JAIME. Solo me deja...

ANDRES. Escucha.

JAIME. Yo...

ANDRES. Me pondria
hasta la cruz, si á mis planes
conviniera. (Ríese.)

JAIME. (Reprimiéndose.) ¿Vá de risa?...

ANDRES. Entonces si, los cristianos
con mil razones dirian:

«detrás de la cruz... Andrés.»
(Señalándose el pecho con el índice de la mano derecha.)

JAIME. (Reprimiendo su saña.)
¡Andrés!

ANDRES. ¿Estamos?

JAIME. (Preocupado.) Queria...

ANDRES. Aunque me pongan en aspas,
como al santo que se digna
darme nombre, nada temas.

JAIME. Bien: pues entonces, vigila,
y hablaremos.
(Señala la primera puerta de la derecha.)
Es mi cuarto.

ANDRES. Le conozco. Á pocas millas
bordea una nave.

JAIME. ¿Cierto?
(Este perverso me irrita.)

ANDRES. ¡Tal parece una gaviota
sobre las ondas mecida!
¿Eh? creo que te disgusta.

JAIME. ¿Qué cosa, Andrés?

ANDRES. La noticia.

JAIME. (Con zozobra.)
No.

ANDRES. Pues ¡cuidado! (Con risa forzada.)

JAIME. (Reprimiéndose.) ¿Qué? piensas...

ANDRES. Como yo una frase diga,
caro te cuesta.

JAIME. (¡Malvado!)

ANDRES. Sabe que yo, porque vista
estos trapos, no prescindo
de mis deberes.

JAIME. Brunilda...
(Indicándole que la vé.)

ANDRES. Y sabe que si no cumples,
tengo en mis manos tu vida.

JAIME. ¡Miserable! (Irritado.)

ANDRES. Te prevengo... (Con calma.)

JAIME. No sé cómo... (Dominándose.)

ANDRES. Se aproxima
(Fingida sumision.)

la señora. Disimula.
Adios, señor. (Con humildad.)

JAIME. ¡Él te asista!
(Reprimiendo su enojo: entra Brunilda.)

ESCENA VIII.

D. JAIME, BRUNILDA.

BRUN. ¿Qué tienes, Jaime?
JAIME. (Con serenidad.) ¿Yo? nada.
BRUN. Parece que tienes ira.
JAIME. (Dominándose.)
He sabido, con sorpresa,
que te dispones, amiga...
BRUN. Si, Jaime: la incertidumbre
es una bárbara espina,
que á cada instante me punza
y mas encona mi herida...
Quiero ir á Mallorca, quiero
ir hasta al África misma,
y allí saber de la suerte
de mi esposo.
JAIME. Mas tu hija...
BRUN. Irá conmigo.
JAIME. ¡En tan tierna
edad!
BRUN. No importa. La vida
es un tránsito de prueba.
Que empiece la suya.
JAIME. Mira
que no es prudente el cristiano
que los males se anticipa.
Doy que con próspero viaje
navegas. Doy que ya pisas
las africanas arenas...
hasta contenta y tranquila.
Doy que el oro en todas partes
la entrada te facilita;
doy por hecho que los moros
con honras mil te reciban...
Pero, dime... ¿Si Rodrigo

ha muerto?...

BRUN. ¡Me martirizas!
No hay en la tierra quien pueda
oponerse á mi partida.

JAIME. Piénsalo bien.

BRUN. Lo he pensado.

JAIME. No debes llevar tu hija
á los peligros de un viaje
tan azaroso. Yo iria (Con intencion.)
en tu lugar, si creyera
que despues correspondian
á los heróicos esfuerzos
los resultados. Brunilda...
(La contempla con la mirada fija, y luego indecisa, de quien escudriña el corazon de su interlocutor para ver si puede soportar el peso de una mala nueva.)
No puede ser. (Hace que se reprime.)

BRUN. ¡Ten piedad
de mi dolor! ¡Por tu vida!
Si tienes alma, si tienes
en el pecho alguna chispa
de la amistad generosa
que á mi Rodrigo te unia,
¡Jaime, Jaime! por tu madre,
ó por quien ames, termina
este suplicio. (Cae á sus pies prosternada)

JAIME. ¡Señora!... (Algo confuso.)

CRUN. ¡Te lo pido de rodillas!

JAIME. Alza... (Pugna por levantarla.)

BRUN. Bañaré tus plantas
con mis lágrimas.

JAIME. ¡Brunilda!

BRUN. Dime la verdad y entonces...

JAIME. ¿Te levantas?

BRUN. Si.

JAIME. Daria...
(Perplejo, con el acento del hombre que toma una gravísima resolucion, apremiado por la necesidad mas imperiosa.)
¡Tú tienes un alma heróica!

BRUN. (Con honda ansiedad.)
¿Vive?... ¿Vive?... Di.

JAIME. Domina...

BRUN. Di...

JAIME. ¿Valor de mártir!

(Al contestar Brunilda afirmativamente con la señal de quien á todo está resuelto, D. Jaime le presenta, sacándoselo de la escarcela, un retrato pendiente de una cinta negra. Brunilda toma el medallon, lo reconoce, y dando un grito de dolor, pónese rápidamente en pie.)

BRUN. ¡Hija
de mi corazon!

(En actitud de salir del teatro. D. Jaime se le opone, con cariñosa reconvencion.)

JAIME. Ya ves...

BRUN. ¡Mi retrato! ¡Esta es su cinta!
¡él lo llevaba en el pecho!
Solo la muerte podria
arrancárselo... ¡Ay! ¡Muerto!

JAIME. Espera, detente.

BRUN. Quita...

JAIME. (Tomándola una mano.)
No te exasperes.

BRUN. Iré
sobre sus yertas cenizas
á morir.

JAIME. Iremos todos.

BRUN. (Con serenidad y á manera del que duda.)
¿Quién te lo ha dado?... di...

JAIME. (Sorprendido por la pregunta.) Evita...

BRUN. ¿Quién trajo esta prenda?

JAIME. (Con embarazo.) Atiende...

BRUN. Habla, habla.

JAIME. (Con inspiracion y alegria, que reprime.)
(¡Si, si!)

BRUN. Responde.

JAIME. Un peregrino, que...

BRUN. (En ademan de partir.) Explícate.
Quiero verle, quiero hablarle,
oir de su boca misma
cuáles fueron las palabras
que dijo al morir.

JAIME. Precisa

que yo, que le impuse antes
silencio...

BRUN. (Con ansiedad.) Si...

JAIME. Le permita
contarte la historia.

(Brunilda quiere detenerle, maquinalmente deja pasar de sus manos á las de D. Jaime, el retrato que este le dió, y que se guarda cuando otra vez lo tiene.)

BRUN. ¡Jaime!
Diez meses há me alucinas
con fútiles esperanzas;
diez meses há que me privas
de salir de mi castillo.
Doblé la frente sumisa
al mandato de mi esposo,
que darte en casa queria
el puesto de hermano: mas,
cuando la muerte desliga
el vínculo de obediencia,
hoy, señora de mí misma,
quiero romper este yugo
en que me tienes.

JAIME. (Con ternura.) Amiga,
tu voluntad es mi ley.

BRUN. (Asombrada de su acento.)
Perdona mis quejas, hijas
de mi dolor.

JAIME. Voy en busca...
Llevo el retrato.

(Ademan de partir. Brunilda vá á seguirle y se detiene cuando cariñosamente le dice D. Jaime.)

Podria
no decirte la verdad,
porque estas nuevas lastiman
el corazon.

BRUN. Vé por él. (Váse Jaime.)
¡Puede haber mayor desdicha!

ESCENA IX.

BRUNILDA, FORTUÑA, despues ALDONZA.

FORTUÑA. ¡Siempre llorando, señora!
Aqui fray Pedro os envia
al peregrino, que viene...
BRUN. ¿En dónde está?
FORTUÑA. En la vecina
habitacion, pues desea
hablaros á solas.
ALDONZA. (Desde el dintel de la primera puerta de la derecha.)
Viva,
mil años, la noble dama.
BRUN. ¡Ah!!
ALDONZA. Señora...
BRUN. (Ansiosamente.) Hermano, diga.
(Aldonza clava los ojos en Fortuña: Brunilda, conociendo que no se explica por ella, hácele seña paraque se retire; Fortuña saluda y váse.)

ESCENA X.

BRUNILDA, ALDONZA.

BRUN. Hermano, por caridad,
no prolongueis mi suplicio,
que me hará perder el juicio
mi fiero dolor; hablad,
hablad.
ALDONZA. Señora... (Con timidez.)
BRUN. ¡Lo sé (Con candor.)
todo!
ALDONZA. ¿Qué sabeis? (Con extrañeza.)
BRUN. Que en vano
me ocultais como un arcano
mi infortunio.
ALDONZA. ¿Yo?
BRUN. Si.
ALDONZA. ¿Qué
decis?...

BRUN. ¡Ah! decidme vos
si, muriendo en santa calma,
devolvió tranquila el alma
humildemente á su Dios.
Decidme si al dar la luz
de su mirada, el postrero
fulgor, la clavó primero
en los brazos de la cruz.
Decidme si en su agonia
me consagró una palabra...
Hermano, por Dios, ¡ay! abra
la desdichada alma mia
á la esperanza.

ALDONZA. ¡Señora!... (Perpleja.)

BRUN. Yo soy madre, y es razon
que grabe en el corazon
de la hija, que él adora,
esa voz de despedida
que nos deja el moribundo...
¡Lazo de amor con que el mundo
depende de la otra vida!
¿No es verdad, que, al verse ausente,
os dijo con afliccion:
«Id, hermano: En Aragon
»tengo castillos, y gente
»de quien siempre he sido padre,
»y tengo una pobre esposa
»que está esperándome ansiosa:
»id, consoladla, que es madre,
»llorad con ella?»

ALDONZA. Ved.

BRUN. ¡Si
lo sé todo, sí!

ALDONZA. ¡Señora!

BRUN. ¿Pidió en su última hora
la reliquia que le di?...
Respondedme.

ALDONZA. No os entiendo...

BRUN. Es falsedad... (Con cierta benevolencia.)

ALDONZA. ¿Qué!

BRUN. (Con suavidad.) Si tal:
ó teneis de pedernal

el corazon. (Aldonza la mira.)
¡Si! (Con dignidad.)

ALDONZA. (Dominando un rapto de coraje.)
Comprendo
que, al mirarme en este traje,
pensais que vengo de Argel,
ó de alguna tierra infiel
á pediros hospedaje.
Comprendo que habeis perdido
en cautiverio al esposo.
(Señal afirmativa de Brunilda, quien escucha á su interlocutora con la mayor ansiedad.)
¿Imaginais que, piadoso,
el depositario he sido
de su voluntad postrera?

BRUN. Si... si...

ALDONZA. Os habeis engañado.

BRUN. ¿Qué decis!

ALDONZA. Que no he pisado
la mauritana ribera.
Soy una pobre española.
(Quítase el sombrero de anchas alas, que arroja al suelo.)

BRUN. ¡Una mujer!

ALDONZA. ¡Desgraciada!
Me lanza aqui desolada
mi infortunio, que me inmola
sin piedad.

BRUN. (Con mucho candor.) ¡Pero si os dijo
un caballero! Lo sé...

ALDONZA. Señora... con nadie hablé.

BRUN. ¿Venis sola?

ALDONZA. Con mi hijo.

BRUN. ¡Casada! (Ímpetu de cólera en Aldonza.)
¿Quién sois? (Con bondad.)

ALDONZA. Lo dije. (Con amargura.)
Soy quien bebe trago á trago
la hiel del mal, y á Santiago
peregrina se dirige.
(Brunilda se queda como abstraida, Aldonza dice con ira.)
Atendedme, que padezco

mas que vos.

BRUN. ¡Mas que yo!

ALDONZA. Si,
porque todo lo perdí
en el mundo, que aborrezco,
y reprimo mi dolor:
¡hasta me finjo alegria!
Y cuando á veros me envia
vuestro santo confesor,
para que me deis asilo,
y el anhelado consuelo
que ha tiempo me niega el cielo,
aumentais un nuevo hilo
de mi tormento al dogal.
¡Maldito mundo!

BRUN. (Con espanto.) ¡Señora!

ALDONZA. Á mi vez os digo ahora
que teneis de pedernal
el corazon. ¡Corazon
de rico, egoista!

BRUN. Ved... (Con pesadumbre.)

ALDONZA. Dios os perdone. (Yéndose airada.)

BRUN. Tened.
Por Dios, que teneis razon:
el dolor me vuelve loca,
verdad, egoista he sido,
mas... dadlo todo al olvido.

ALDONZA. Á vos perdonarme toca
(Con sarcarmo y amargura.)
si turbo con mi presencia
la calma que necesita
vuestro pecho; yo, maldita
de la Sábia omnipotencia...

BRUN. ¡Ay!

ALDONZA. Adios, que os atormento.

BRUN. (Deteniéndola asombrada.)
¡Infeliz! ¡Infeliz! lanza
esa idea.

ALDONZA. La esperanza,
es, Brunilda, un sentimiento,
y no hay en mi corazon
un solo rayo de luz.

BRUN. La esperanza, de la cruz
brotó con la religion;
un sentimiento, es verdad,
es ella, que dá la fé,
y la paciencia, que vé
por do quier la caridad.

ALDONZA. ¿La caridad es amor?
(Con ira reprimida.)
Todo mentira, señora.
El hombre tan solo adora
al gusano roedor
del interés; en el hueco
de su corazon le anida:
allí le mata la vida
de la virtud, y ya, seco,
vil, indiferente á todo,
solo alimenta una idea:
¡su bien! ¡su bien! Se recrea
de su miseria en el lodo! (Pausa.)
Con delirante pasion
oí los votos de un hombre,
que me brindó con su nombre
su juvenil corazon.
Yo, necia, inexperta, loca,
solo en él á él buscaba,
y el corazon le entregaba
en suspiros por la boca.
Inspirada del demonio
por mi pasion, delirante,
¡ay! quise mas ser su amante
que atarle del matrimonio
con el lazo. Era interés
ese vínculo á mis ojos,
y ansiaba verle de hinojos
amante siempre á mis pies.
Aquella pasion dió fruto,
mas, fruto de maldicion,
que en él mató la ilusion
y á mí me cubrió de luto!
Abandonada, perdida,
sin familia, sin hogar,
lanzada estoy á luchar

en los mares de la vida.
La sociedad, que mantiene
tanto fantasma traidor,
me pide ¡infame! un honor
que aun ella misma no tiene.
Cuando pensaba mi pecho
hallar paz aqui... ¡Lo mismo!
hallo en vos... ruin egoismo.
¿Qué me queda? Este despecho
que mi soberbia alimenta.

BRUN. Deteneos.

ALDONZA. No, no.

BRUN. Si, si. (Tomándola una mano.)
No habeis de salir de aqui
sino tranquila ó contenta.
¿Os manda mi confesor
á que os ampare? os amparo.
Á serviros vá de faro
la religion del amor.
¿Dónde está vuestro hijo?

ALDONZA. (Que ha ido acercándose.) Allí,
con vuestra niña. (Señala la puerta de la habitacion por donde salió á la escena.)

BRUN. Id por él.
¡Ah! sed dócil.

ALDONZA. ¡Oh! ¡qué fiel,
cuando me mirais asi,
me pareceis!

BRUN. Vuestro escudo
seré, creedme.

ALDONZA. ¿Si?... (Con desconfianza.)

BRUN. Pues... (Invitándola á partir.)

ALDONZA. ¿Qué interés?...

BRUN. ¡El interés!

ALDONZA. Perdonad, señora, dudo
porque...

BRUN. Si fuerais feliz,
creyérais, como aquel dia
en que todo os sonreia.
Mas no dobleis la cerviz
de la duda al yugo inmundo.
Prueba el hombre su grandeza,

levantando la cabeza
cual soberano del mundo.
Cuando como vos se vé
sin paz en el corazon,
es que falta á su razon
la santa luz de la fé:
y pues Dios os galardona
con alma, elevadla al cielo,
y, en fin, levantad del suelo
vuestra empolvada corona.

ALDONZA. (Afligida y aun en tono de duda.)
Me conmueve vuestro acento.

BRUN. Entrad... entrad. (Váse Aldonza.)

ESCENA XI.

BRUNILDA.

¡Justo Dios!
¿Con que soy entre las dos
la mas dichosa?—Ya siento
mas valor para sufrir
mis desgracias. Es, ¡Dios mio!
porque en tu bondad confio:
porque me haces tú vivir
mártir, para merecerte.
Si, ¡gran Dios incomprensible!
¡como te adoro invisible
en lo ideal puedo verte!
¡Señor! ¡Señor! en tí creo,
me dá tu esperanza calma,
y con espíritu y alma
en mi adoracion te veo.
(Quédase abstraida y la sobrecoge el ver á D. Jaime, que entra.)

ESCENA XII.

BRUNILDA, D. JAIME.

BRUN. ¡Ah!!

AIME. Ya se puso en camino.

BRUN. ¡Si ya no pretendo hablarle!
Fuera posible encontrarle.
(Le señala el sombrero de Aldonza, que ha quedado en el suelo.)
JAIME. ¿Le vistes? ¡Oh!... (Asombrado.)
BRUN. Y adivino (Con dulzura.)
lo que decirme pretendes.
Pues no temas: estoy ya
tranquila, y si Dios me dá
mayores males ¿lo entiendes?
sin obcecar mi razon
podré sufrirlos mayores,
que á prueba está de dolores
formado mi corazon.
JAIME. ¿Qué cambio?...
BRUN. Por su bondad
infinita, Dios quilata
mi virtud: pues bien, acata
la suya mi voluntad.
JAIME. El peregrino... (Con interés y preocupado.)
BRUN. No quieras
(Con bondad y resignacion.)
calmarme mintiendo, no,
que á mujeres como yo,
no tranquilizan quimeras.
JAIME. Mas ¿qué te ha dicho?
BRUN. Que llora
pesares del mundo.
JAIME. ¿Si?
BRUN. Que le falta lo que en mí
pródigo Dios atesora:
pues al mirar mi dolor,
vi, con claro entendimiento,
que al lado de un gran tormento
otro tormento mayor
Dios coloca.
JAIME. Y... (Con interés.)
BRUN. ¡Enseñanza
para el infeliz que olvida,
que solo es fatal la vida
cuando muere la esperanza!
JAIME. Estoy asombrado. Dime...

BRUN. (Con suma bondad y candor.)
Ese infeliz, que parece
un jóven...
JAIME. Si... (Con ansiedad.)
BRUN. Desfallece
falto de fé.
JAIME. ¿Por qué gime?... (Como antes.)
BRUN. Un hombre infame la engaña. (Pausa.)
¡Es una mujer!
JAIME. ¡Brunilda!
BRUN. Una mujer, á quien tilda
la sociedad. Ni en extraña
tierra estuvo...
JAIME. ¿No?
BRUN. No.
JAIME. Pues...
BRUN. Ni conoció á mi marido,
ni...

ESCENA XIII.

BRUNILDA, D. JAIME, ALDONZA, trayendo á su hijo.

ALDONZA. (Desde el dintel de la puerta.)
Mirad. (Presentando á Brunilda su hijo.)
JAIME. (¡Estoy perdido!)
(Reconociéndola. Cuando Aldonza se presenta y dice la palabra que tiene señalada, D. Jaime la mira, se sorprende, pero se domina. Aldonza, con su hijo de la mano, dá un grito de asombro. Brunilda la quiere detener, como para inquirir la causa de su espanto; Aldonza, con júbilo y entusiasmo, se acerca á D. Jaime, que permanece impasible. Brunilda trata de detenerla.)
ALDONZA. ¡Señora! ¡Señora! ¡Es él!
(Presentándole su hijo.)
¡Jaime de mi corazon!
No, no te enojes. De escudo
sírvame tu hijo, nudo
de mi entrañable pasion.
Por tí derramé un torrente
de llanto; por tí vertia,
para ahogar la pena mia,

el sayal del penitente.
(Con sumo cariño.)
Vuelve tu semblante ¡cruel!
por tu hijo te lo pido;
por él, Jaime, que ha nacido
de nuestro amor, sí, por él!

JAIME. Señora, me confundis
con alguno. Contemplad...

ALDONZA. ¡Oh! Jaime, ¡piedad! ¡piedad!
(Le presenta su hijo prosternándose; aprovechando D. Jaime el momento en que Brunilda se cubre el rostro con el pañuelo, limpiándose el llanto, dice, rápidamente, á Aldonza.)

JAIME. (Que me pierdes.)

ALDONZA. (Que no le ha comprendido, con duda, y con cierta mezcla de temor y angustia.)
¿Qué decis?

JAIME. (Viendo á Brunilda entregada al dolor que le inspira el cuadro que presencia.)
(Levántate, pronto, calma
tu dolor, no me conoces,
ó me pierdes.)

ALDONZA. (Dominada por el afecto y miradas de Jaime.)
Fueron voces
que daba, engañada, el alma.
Ilusiones. No sois vos...
¡Qué!... no... pensé...
(Desviándose lentamente de él, contemplándole con ternura y buscando refugio en el seno de Brunilda.)

BRUN. (¡La abandona!)

ALDONZA. ¡Ay! (Rompiendo en llanto y acercándose resueltamente á Brunilda.)
¡En el nombre de Dios!
(Despues de brevísima pausa y yendo á tomar de una mano á su hijo, que se abraza á una rodilla de Don Jaime.)
Dispensadme... No es tu padre;
tú eres húerfano! ¡Hijo mio!
Me equivoqué... desvario!
Me pareció...
(Refugiándose en el seno de Brunilda.)

BRUN. ¡Pobre madre!

Señora, alentad, señora.

ALDONZA. ¡Hijo!... (Suspirando en el seno de Brunilda.)

BRUN. ¡Bienaventurado,
porque será consolado,
el infelice que llora!
Venid, venid.
(La conduce, con sumo cuidado y cariño, á la puerta por donde salió, y grita.)
¿Beatriz!... (Pausa.)
¡Beatriz!

ALDONZA. ¡Ay! (Suspirando.)
(Preséntanse dos criadas.)

BRUN. Colocadla
en mi lecho, y amparadla.
(Una de las criadas en el dintel, por la parte interior de la puerta, recibe á Aldonza, que está á punto de desmayarse: el niño, que está en medio de la escena, entre D. Jaime y Brunilda, quiere seguir á su madre; Beatriz le toma de la mano y se le dá á la otra criada. Cuando se marchan, Brunilda cierra las hojas de la puerta, y se encara con D. Jaime, que en tono de inquirir lo que pasa, quiere hablarla.)
Lleva este niño. ¡Infeliz!

ESCENA XIV.

BRUNILDA, D. JAIME.

JAIME. Yo...

BRUN. ¡No tienes corazon!

JAIME. Brunilda, ¿cómo se explica?

BRUN. ¡Te ama! y se sacrifica
para salvar tu opinion.

JAIME. Yo...

BRUN. Salid en el momento (Airada.)
de mi castillo...
(D. Jaime quiere hablar, le interrumpe.)
¡No, nada!
Los blasones de Moncada
empañais con vuestro aliento.

JAIME. Esa injuria ¡vive Dios!
que al fiero tigre provoca.

BRUN. Mi voz á la sombra evoca
que ha de alzarse entre los dos.
JAIME. ¡Brunilda! ¡Brunilda! ¡cuenta!
que el volcan reventará.
BRUN. Te desprecio.
(Movimiento de soberbia en D. Jaime.)
Si. (Con mas energía.)
JAIME. Será
mi represalia sangrienta.
BRUN. Al verte odiado, te amé
con la cándida ternura
que al alma dá la ventura
al devolverla á la fé.
Te conocí, mal cristiano,
en brazos de Belcebú,
y hasta te honré con el tú
con que se trata á un hermano;
y cuando en tu rostro via
la paz del alma radiar,
me llegué á regocijar
diciéndome: «¡es obra mia!» (Pausa.)
Aléjate, Dios te alumbre,
que, cual áspid ponzoñoso,
eres fiero y alevoso
por instinto y por costumbre.
(Vá á volverle la espalda, y D. Jaime, que mientras la contempla airada ha ido cambiando la fiereza de sus miradas por una dulce expresion de ternura, le dice con pasion.)
JAIME. Perdona, mujer sublime,
el estúpido arrebato
de un corazon insensato.
Tu sola mirada imprime
en mi alma tal temor,
que perplejo y confundido
y desarmado y vencido
carezco hasta de valor
para mirarte. No sé
cómo agradarte pudiera.
Elevarme á tí quisiera...
¡Siempre en vano lo intenté!
Pues cuando mas me abandono

de mi dicha á la confianza,
tu vista un rayo me lanza
que me lanza de mi trono.
Aunque tan malo me crea
el mundo, bueno, yo haré
lo que quieras, y seré...
lo que quieras tú que sea.
Pero en la férvida lid
no me lances de mi duda,
sin tu bondad, sin tu ayuda...

BRUN. ¡Salid!

JAIME. ¡Brunilda! (Con dulce voz.)

BRUN. ¡Salid!

JAIME. (Despues de contemplarla un momento dice con fiereza y despecho.)
¡Ah! siendo tan desigual
la lucha entre el mal y el bien,
no hay justicia si la sien
inclina el hombre ante el mal.

BRUN. ¡Don Jaime!

JAIME. (Iracundo.) ¡Señora!

BRUN. (Enérgicamente.) ¡Impio!

JAIME. ¡Dios! ¡No tiene compasion!
¡Entre ÉL y mi corazon
estan la muerte, el vacio! (Váse.)

ESCENA XV.

BRUNILDA.

Dominada de una idea luminosa, vá á seguir á D. Jaime queriendo detenerle, pero detenida, á la manera del que sufre el vahido de un vértigo, vuelve al centro del teatro.

¡Jaime, Jaime! le irrité.
¡Ah! ¿por qué no me contuve?
¿Por qué mas calma no tuve?
Porque no me dominé.
(Con amargo dolor.)
¡Alma de mi bien perdido!
desde el cielo en donde estás,
pide á Dios y alcanzarás
la fortaleza que pido.

ESCENA XVI.

BRUNILDA, JUAN.

JUAN. ¡Eh! vamos, ¿qué tienes?
BRUN. (Tratando de incorporarse y agobiada por el peso de su angustia.)
La... la... nada, nada.
JUAN. Pícaras
lágrimas.
BRUN. No, si... (Fingiendo serenidad.)
JUAN. ¡Ya el cielo
mejores horas nos brinda!
BRUN. ¿Qué decis? (Con indiferencia.)
JUAN. Que estan muy cerca
los cautivos.
BRUN. ¡Ay! (Con desaliento.)
JUAN. Ya pisan
la poterna del castillo.
BRUN. ¿Si!... (Como antes.)
JUAN. Les precede...
BRUN. ¿Quién?
JUAN. Gritan
de júbilo, esposas, madres:
¡fray Pedro! ¡Dios os bendiga!
Él vá delante, sereno,
en sus labios la sonrisa,
en su frente la esperanza,
en su mirada la dicha.
¿No me haces caso? (Con ternura.)
(Brunilda levanta la cabeza nuevamente, contestándole con una señal de benevolencia.)
Á su lado
vá un caballero, y en vivas
prorumpe el pueblo.
BRUN. ¡Dichosos
los que lo son! ¡Hija mia!
(Llora y vuelve á cubrirse el rostro.)
JUAN. (Con calor, que crece á medida que Brunilda le atiende con interés.)
El caballero es gallardo,

de ardiente mirada altiva...
Monta una jaca andaluza,
soberbia, airosa, retinta,
ancha de pechos, ligera,
ojo negro, orejas chicas,
cuello corto, largas crines,
tersa piel, sedosa y fina...

BRUN. (Levantándose conmovida, acercándose á D. Juan, y con zozobra.)
¡Ah!

JUAN. Las orejas aguza,
la cola cerdosa crispa,
airosamente las manos
alza del suelo á la cincha,
y bufa, si el acicate
por los ijares la hostiga,
y copos de blanca espuma
tascando el freno vomita,
y el suelo borda con ellos
cuando resopla y relincha.

BRUN. (Con asombro, ansiedad y terror.)
¡Ese animal!..

JUAN. En la frente
lleva un lucero.

BRUN. ¿Seria... (Con vivísimo interés.)

JUAN. Levantando la cabeza
con dos ojos que echan chispas,
tal me parece que dice...

BRUN. ¡En nombre del cielo!
(En el colmo de la ansiedad.)

JUAN. Pica,
pica, señor, y al castillo,
¡que está llorando Brunilda!
(Suena la trompa en lo alto de la torre del homenage, repique de campanas á lo lejos, murmullos, canto de peregrinos que entonan versículos de algun salmo, etc.)

BRUN. ¿Esas campanas...

JUAN. (Dudando.) Anuncian...

BRUN. Pronto, pronto.

JUAN. (Llorando de gozo.) Bien. Publican
que del Baron de Moncada
hay en su tierra noticias.

BRUN. ¿De mi esposo!

JUAN. Si.

BRUN. Corramos.

(En actitud de partir. D. Juan la detiene, ella le grita.)

¿Vuelve? ¿vuelve?

JUAN. Si; respira..

BRUN. ¡Padre, padre! (Gozosa.)

JUAN. ¡Hija del alma! (Se abrazan.)

BRUN. ¿Dónde está, dónde está?

(Separándose del seno de su padre.)

JUAN. ¡Mírale!

PUEBLO. ¡Viva el Baron de Moncada!

BRUN. (Alzando las manos al cielo.)

¡Gracias, Señor!

PUEBLO. ¡Viva, viva!

(Brunilda se precipita al foro en busca de su esposo. Cuando D. Juan dice «mírale,» señala á D. Rodrigo, quien armado de punta en blanco, vistiendo el manto de la órden de Calatrava, se presenta á caballo, á lo lejos, á la vista del espectador.—Se destaca sobre un grupo de peregrinos, hombres y mujeres del pueblo, que llevan palmas y ramos en las manos: varios niños y niñas, con canastillos de flores, van alfombrando el suelo al entrar en escena. D Juan queda de pie junto á Brunilda. Los repiques, música, etc., no cesan hasta que no cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Decoracion del primero.

ESCENA PRIMERA.

ANDRÉS, á poco D. JAIME.

Aparece subiendo la lámpara, ya encendida. Luego, bajando al proscenio, dice sentándose en un sitial.

Ya todo ha quedado en calma.
Despues de tanto barullo,
tal me parece el castillo
un monasterio, un sepulcro
de vivos.

JAIME. ¿Qué quieres?
(Con ímpetu de mal humor.)

ANDRES. Nada.
(Con impeturbable mirada.)

JAIME. ¿Te mofas?

ANDRES. Vamos con pulso. (Pausa.)
Yo friso en cuarenta abriles:
si acaso no tengo mundo,
bien convendrás en que tengo
demonio y carne.

JAIME. Presumo...
(Templando su indignacion.)

ANDRES. Que voy á decirte claro

del modo que yo discurro.
Has de saber que he vivido
diez años en los terruños
de este pueblo de soldados,
de monjas y de cartujos.
Yo sé que viniste aqui
mas polígamo que un turco,
y que has prendido en tus redes
á damas de alto coturno.
Sé que Aldonza, enamorada
de tus decires agudos,
cayó en la trampa, y ya sé
cómo escurristes el bulto.

JAIME. Mas ¿qué pasa?

ANDRES. (Con calma.) Lo sabrás.
Ese fraile, á lo que juzgo,
es hombre aqui de importancia.

JAIME. ¡Fray Pedro?

ANDRES. Si. Fué quien tuvo
la malhadada ocurrencia
de que Aldonza, con el fruto
de tus caprichos, hiciera
á aqueste castillo rumbo.

JAIME. (Con ansiedad.)
¡Qué! ¿sabe fray Pedro?

ANDRES. ¡Toma!
En Barcelona lo supo:
que Aldonza es madre, que un hombre,
¡grande bribon! la sedujo,
etcétera... etcétera... vamos...
(Ríese Andrés. D. Jaime se impacienta; Andrés continúa.)
En el instante concluyo.
Él sabe que Aldonza es madre,
hundida en el infortunio. (Pausa.)

JAIME. Sin duda...

ANDRES. Con sus discursos,
logra convertirla, pues,
de los cristianos al uso.
Hace que el sayal se vista,
y Aldonza obedece al punto.
Bien sabes que los cristianos

dan hospedaje con gusto
á los peregrinos; sabes
que en cuanto apunta el crepúsculo
de la tarde, la campana
tocan, por si acaso alguno
extraviado entre los bosques,
quiere encontrar un refugio
al abrigo de las fieras.
Pero aqui no hay eso.
(Señal de extrañeza en D. Jaime.)
Juzgo
que Aldonza dejar pretende
á su hijo...

JAIME. ¡Cómo!

ANDRES. ¡Phs! Tuvo
ocasion de presentarse
á la señora; el influjo
de tu maléfica estrella,
en el paso te la puso.
Mas, como llegues á verla...
te perdona.

JAIME. ¿Si? (Reprimiendo su placer.)

ANDRES. Seguro.
Entré en el cuarto de Aldonza...
(Observándolo con interés.)

JAIME. (Con sorpresa.)
¿La conoces?

ANDRES. Mucho, mucho.

JAIME. (Moderando su extrañeza.)
¿Te vió, la hablastes?

ANDRES. (Confidencialmente.) Hablamos.
Quiero ver si la seduzco,
y, al fin, lo consigo...

JAIME. (Sorprendido.) ¡Andrés!

ANDRES. Compañero... ¡soy muy tuno! (Pausa.)
He logrado que te vea.

JAIME. (Con desconfianza.)
¡Andrés! ¡Andrés!

ANDRES. Está el fruto
para que el pájaro pique. (Pausa.)
Mas, con grande disimulo,
desperté en su corazon

atroces celos.

JAIME. ¿Qué escucho?

ANDRES. La persuadí que Brunilda
la está despertando el tuyo...
Pero la encargué el secreto.
(Este último verso lo dice con misterio, gozándose en la turbacion y angustia de D. Jaime.)

JAIME. Tu vil intencion deduzco.

ANDRES. ¡Si he visto sobre la mesa
cierto retrato!...
(Grande sorpresa en D. Jaime. Andrés le dice con mucha sorna:)
¡Si es suyo!
(Señalando á la habitacion de Brunilda.)

JAIME. ¿De quién?

ANDRES. ¿De quién?... de Brunilda. (Pausa.)
Vamos...
(Con sorna. Con malicia y pretendiendo recostársele en un hombro.)

JAIME. (Irritado.) ¡Andrés!

ANDRES. ¡La del humo!
Y, no busques el retrato.
(Como siempre, insolente.)

JAIME. ¡Andrés!

ANDRES. (Con mofa.) Le tengo seguro.
Me sirve para que Aldonza
me vengue de tí. ¡Gran tuno!
(Vuelve á querer apoyarse, confiadamente, en un hombro de D. Jaime; este le rechaza con dignidad é imperio.)

JAIME. (Ofendido.)
Es necesario que sepas...

ANDRES. (Con energia.)
Yo solo sé que te busco
la ocasion de que concluyas
tus encargos, y presumo
que has cambiado de costumbres;
sobre tu mesa hay dibujos,
y láminas de cristianos,
y un librote, asi, (Señala con las manos.)
de bulto,
grandisimo, ya lo sabes,

¡ la Biblia!

JAIME. Comparo y juzgo
con la muestra, la doctrina
de Jesucristo.
(Dominando su ira, procurando ser complaciente.)

ANDRES. ¿Me fundo?

JAIME. Cuando te digo...

ANDRES. Interesa
que terminemos al punto
este negocio. Moncada...

JAIME. ¿Qué dices? Dí.
(Andrés le mira con curiosidad.)

ANDRES. Dará impulso
á la campaña, y la guerra
hará en la Siria con fruto
don Jaime el Conquistador. (Pausa.)
Estás...

JAIME. ¿Qué?...

ANDRES. Como confuso,
abstraido...

JAIME. Nada tengo;
yo pensaba....

ANDRES. Te disputo
(Asombro y terror de D. Jaime.)
la gloria de darle muerte.

JAIME. (Iracundo.)
¡Andrés! ¡Andrés!

ANDRES. (Con brio.) Y te anuncio:
que si al instante no veo
que terminas el asunto
de arrancarle el corazon
á don Rodrigo, que es uno
de los miles que pretenden
acabarnos, te destruyo
tus ilusiones: me vengo
en Brunilda.

JAIME. ¿Tú? (Con terror.)

ANDRES. Te acuso
á nuestro señor, y caes
bajo mi puñal. Me aburro
lejos de mi patria.

JAIME. Aldonza... (Con bondad.)

ANDRES. Ella me venga, y te auguro...
(D. Jaime contempla á Andrés con furor, que domina.)
Es preciso que volvamos
á la Siria.
(Movimiento de inquietud en D. Jaime.)
Es que los turcos
han talado nuestras tierras,
y, para uncirnos al yugo,
descienden ya los mongoles...
JAIME. Marchar hoy mismo te juro.
ANDRES. ¿Cumpliendo con tu deber?
JAIME. (Preocupado.)
Si.
ANDRES. Sabe que... lo columbro
desde la torre...
JAIME. ¿Qué cosa?
ANDRES. El buque...
JAIME. Bien.
ANDRES. Y no es justo
hacerle que venga, y luego
que derrote á nuevo rumbo.
JAIME. Bien, bien: partiremos.
(En lucha consigo mismo.)
ANDRES. Conste
que por nada tengo escrúpulo.
Allí reposa Rodrigo. (Puerta segunda derecha.)
JAIME. Si, ya sé. (Como perplejo.)
ANDRES. Conque entro, busco
la copa en que bebe, pongo
dos gotas de aqueste zumo,
que ha de arrancarle la vida,
y mañana me columpio
en la mar.
(Enseña un pomito que contiene el licor deletéreo.)
JAIME. Yo detendré... (Resueltamente.)
ANDRES. ¿La salida? Dificulto
que el capitan te obedezca;
me ha dicho que zarpa al punto.
JAIME. Zarparemos. Dáme...
(Preocupado. Pidiéndole el pomito que antes enseñó, y que Andrés ha guardado en el bolsillo. Andrés sacándolo, levantándolo en alto en dos dedos.)

ANDRES. (Con mofa.) ¿El pomo?
es el veneno mas puro
y mas activo del Asia.
JAIME. Dámelo.
ANDRES ¿Qué? pues me luzco
si te lo doy. (Yéndose.)
JAIME. ¡Miserable!
ANDRES. Ya verás como yo cumplo.
JAIME. ¡Malvado!

ESCENA II.

D. JAIME solo.

En este monólogo, asi como en la escena siguiente, D. Jaime expresa la duda, la ansiedad, el combate del ángel del alma con el ángel de la carne.

No estoy sereno.
¡Brunilda! ¿podrás tú tanto
que me inspires el encanto
de creer que hay algo bueno
sin el placer?—Esa luz
que en mi cerebro penetra,
¿es la que irradia la letra
del Evangelio? ¿La cruz
no es un signo? Me confundo,
y mientras mas me atormento,
no alcanza mi entendimiento
á comprender este mundo.
¡Laberinto sin salida!
¡Logogrifo incomprensible!
cifra confusa y terrible
del arcano de la vida!
¿Por qué me deleita el mal?
¿Por qué me deleita el bien
y siento á un tiempo tambien
esta bárbara, letal,
lucha tremenda? ¡Gran Dios!
¿Por qué no puedo elegir
y queriendo decidir
me decido por los dos?... (Pausa.)

¡Ah! soy bueno. Yo, que ayer
la piedad no conocia,
y solamente vivia
por la gloria del placer,
hoy compadezco al que llora,
y en eso delicia encuentro
indefinible... ¿Aqui dentro
hay otro hombre?—Me devora
la duda.—Ya me recreo
si defiendo al oprimido,
no al opresor...—Es que mido
con la vara que deseo
ser medido. Si, si,
me siento regenerado,
y porque soy desgraciado
mas piedad encuentro en mí. (Pausa.)
Dios fortalece el valor, (Recapacitando.)
si es firme la voluntad
de dominarse... ¡Es verdad!
me voy sintiendo mejor
con solo quererlo. (Pausa.) Mas... (Con ira.)
dirán que soy débil... ¡Ea!...
apártate, negra idea...
¿Quién me inspira?...
(Entregandose á uno de los arrebatos de su carácter: desde que empezó á irritarse le está Brunilda contemplando con lástima, á su espalda, desde el dintel de la puerta de su habitacion.)

ESCENA III.

D. JAIME, BRUNILDA.

BRUN. Satanás.
JAIME. Bien, señora. En la pendiente
del abismo, es mi destino
que ruede al fondo: valiente,
á mi destino obediente
me lanzo en su torbellino.
Si Dios me dá la razon,
¿por qué me dá inspiracion
que á la razon neutraliza?

BRUN. ¡Ah! (Con lástima.)
JAIME. Ponga en mi corazon
en vez de fuego, ceniza,
y no me lance del mundo
al piélago furibundo,
sin norte, ni luz ni ayuda,
y con mi mal sin segundo,
que todo lo pone en duda. (Pausa.)
Vuestra virtud singular
hizo nacer en mi seno
la piedad; pudo calmar
las tempestades de un mar
de ponzoña, de veneno,
que ruge aqui. (En el pecho.)
Yo luché
con mi corazon: creí
que en la lucha le domé;
cambiar de rumbo pensé,
¡y hasta grande me sentí!
Vuestra palabra tenia
tan mágica melodia,
que mi fiero corazon
subyugado se sentia,
y, por vos, la religion
amé. (Ruborizándose.)
BRUN. ¿Sí? (Con gozo.)
JAIME. Con tal bondad,
con tal fuerza y suavidad
á la virtud me arrastraba,
que hasta hallé felicidad
en mí mismo, si olvidaba
vuestro rostro...
BRUN. ¿Sí? (Con interés, que disimula.)
JAIME. Á Rodrigo,
siendo dichoso con vos,
no le envidiaba ¡qué digo!
me gozaba en ser su amigo
y me decia:—«Si Dios
»le dá en Brunilda un tesoro
»de dicha; si al Dios imploro
»que le regala tal bien,
»¿por qué, si á ese Dios adoro,

»no he de ser feliz tambien?»
Y á los pies del confesor...
(Violentándose para expresar estas ideas.)

BRUN. ¿De fray Pedro? (Con vivo interés, animándole.)

JAIME. ¡Revelé
un gran secreto! ¡El mayor
del mundo! (Brunilda se sorprende.)

BRUN. ¿Si? (Asombrada.)

JAIME. Mi furor
calmóse, y hasta temblé
de aquel hombre en la presencia.
Á solas con mi conciencia,
tranquilo, le quise tanto,
que cuando dicen: «¡Es santo!»
me digo: «¡Es verdad!»—Su ciencia
es tan pura, tan sencilla,
que, aunque parece que humilla,
si exhorta, eleva, y dá el fruto
en cuanto cae la semilla
aqui. (En el corazon)

BRUN. ¡Bien! (Con júbilo.)

JAIME. De triste luto
se vuelve el alma á cubrir,
y siento mi saña hervir
con el furor que jamás.

BRUN. ¿Por qué? (Con bondad y extrañeza.)

JAIME. Podeis repetir
que me inspira Satanás.

BRUN. Quien ha probado la miel
del bien, y del mal vá en pos,
deja triunfar á Luzbel.

JAIME. ¡Si me abandona Dios!

BRUN. ¿ÉL!
Es que le juzgais por vos. (Pausa.)
El alma, que altiva anhela
reconquistar lo infinito,
del crímen que la encarcela
rompe los hierros, y vuela
vencedora del delito.
Si está la felicidad
en el mundano placer,
¿á qué la inmortalidad

del alma, y la libertad,
atributo de su ser?
Para gozar bastaria
el instinto.—Esa alegria
que el alma al cielo levanta,
esa es la luz que nos guia
de la virtud sacrosanta.
Esa causa independiente,
esa causa que los dos
no entendemos; que se siente
armónica, inteligente,
rigiéndolo todo, es Dios.

JAIME. ¡Ah!... (Con ansiedad.)

BRUN. Teneis entendimiento:
siempre fué la juventud
de generoso ardimiento;
un noble arrepentimiento
pruebas dá de gran virtud.
¿Nada os dice mi presencia?
¿Nada os dice la conciencia?
¿No extrañais hallarme aqui?
¿Provoco esta conferencia
solo por vos y por mí?

JAIME. ¡De Aldonza quereis hablar?

BRUN. De vuestro hijo es la madre.

JAIME. (Con angustia.)
No puedo su honor salvar.

BRUN. La pudisteis infamar.

JAIME. ¡Ah!

BRUN. Sois de su hijo padre.
Por pervertirla mejor
habeis sembrado en su pecho
la simiente del error.
Ella no es mas en su amor,
que lo que vos la habeis hecho.

JAIME. Señora...
(Queriendo decir algo muy importante y dominándose.)

BRUN. El amor que nace
apasionado, violento,
es nube que forma el viento
y que al viento se deshace.

Pero el que tiene cimiento
en el alma, y se ha nutrido
en la conviccion de ser
feliz y correspondido,
se arraiga, fortalecido
con la razon del deber. (Pausa.)
¿No habeis visto en el Oriente
cuán espléndida y galana
sobre el azul trasparente
radia tranquila y fulgente
la estrella de la mañana?

JAIME. Si... (Con ansiedad.)

BRUN. Pensad en el divino
crepúsculo matutino
de lánguida luz, que dora
con su fulgor peregrino
el rosicler de la aurora.
(Señalando como si viera los objetos que describe.)
Allí una nube se extiende
como la plata fundida;
otra, hácia allá... se suspende
con orla azul, y se enciende
en fuego y carmin teñida.
Entre madejas de plata
rutila inmensa fogata;
brota en chispas un tesoro,
y asoma el sol de escarlata
lanzando torrentes de oro!

JAIME. (Con ternura.)
¡Ah, señora!

BRUN. El mundo entero
salta de ardiente alegria,
como en el campo el cordero.

JAIME. Si... (Como antes.)

BRUN. Siempre tras del lucero
viene la fuente del dia.

JAIME. (Con melancólica actitud.)
Comprendo...

BRUN. En la oscuridad
de vuestra negra impiedad,
alumbra ya soberana,
fuente de alba claridad,

la estrella de la mañana.
Tras de su luz bendecida
debe salir del crisol
de vuestra alma combatida,
la luz de la eterna vida
que dá de JUSTICIA EL SOL.
(Señal de incertidumbre en D. Jaime.)
¡Si miro ya la alegria
con que el alma se extasia
al plácido amanecer,
para vos, de nuevo dia!...

JAIME. ¡Señora!... no puede ser.
(Con expresion enérgica de ira reprimida.)

BRUN. ¡Si no sois malo!

JAIME. (Conmovido.) Señora...

BRUN. Esa infelice que llora...

JAIME. Ved...
(Conteniéndose al hacer una revelacion.)

BRUN. Teneis obligacion.

JAIME. (Decidido.)
Es imposible.

BRUN. (Con fuego.) Os adora.

JAIME. Ved... (Dudando.)

BRUN. Causais su perdicion.

JAIME. Sois vos el ser que en el mundo
me inspira mayor respeto.
Pues ni aun á vos...

BRUN. ¡Me confundo!
No acierto...

JAIME. ¡Es mi mal profundo!

BRUN. (Con vivo interés.)
Hablad.

JAIME. ¡Ay!—Es mi secreto.

BRUN. ¿Que son los hijos, sabeis,
de las entrañas pedazos?
¿Os conmuevo!

JAIME. (Con pesar.) No os canseis.

BRUN. ¡Ah! corazon no teneis.

JAIME. Sabed...
(Quiere revelar un secreto y se reprime.)

BRUN. Hablad. (Muy ansiosa.)

JAIME. Esos lazos

no pueden atarme: son
eternos y santos... mas...
¡Soy digno de compasion!
Se me salta el corazon...
porque es... (Con furor.)

BRUN. ¡Ay! (Con miedo.)

JAIME. De Satanás.

(Váse. Brunilda le contempla viéndole partir. Fortuña se le acerca, saliendo por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA IV.

BRUNILDA, FORTUÑA.

FORTUÑA. ¿Cede?

BRUN. No: mas cederá.

FORTUÑA. Si aunque diga todo el mundo
que es malo, no lo es...
(Brunilda la mira fijamente, como queriendo indagar la razon que tiene para defenderle. Fortuña, no teniendo qué decir, añade despues de una pausa:)
Me fundo...
en que le quiero: ¡y me dá
cada sofion!

BRUN. Si pudiera... (Pensativa.)

FORTUÑA. ¿Quereis que le llame?

BRUN. No.
Bastante le he dicho yo.
Quien peca y se desespera
peca mas.

FORTUÑA. (Con júbilo y candor.)
¡Quién os iguala!

BRUN. ¿Aldonza?...

FORTUÑA. Que pronto emigre;
esa mujer es un tigre.

BRUN. Es desgraciada, no mala.

FORTUÑA. Don Jaime peca, señora,
por...
(No atreviéndose, por respeto, á ser explícita.)

BRUN. ¿Qué? (Con majestad.)

FORTUÑA. Debeis conocer...

BRUN. Sí. (Con dignidad.)
No lo quiero saber;
lo conozco.
FORTUÑA. (Tímidamente.) ¡Si os adora!
BRUN. Que nunca lance tu lengua
de esa palabra el acento.
Hasta el solo pensamiento
me causa rubor y mengua.
FORTUÑA. Perdonad si os ofendí,
que no ha sido mi intencion...
BRUN. Su malhadada pasion
ha tiempo que conocí;
mas cambié su amor brutal
en blando afecto de amigo.
Contra el pecho de Rodrigo
alzaba oculto puñal;
yo me puse entre los dos
del arma el filo embotando...
FORTUÑA. ¡Oh! (Con aplauso.)
BRUN. Su corazon ganando
para los hombres y Dios.
Jamás su labio indiscreto
de mi virtud en agravio
se explicó: sellé ese labio
con el sello del respeto:
y tan alto se lo impuso
mi austeridad...
FORTUÑA. (Gozosa.) ¡Qué prudencia!
BRUN. Que al hallarse en mi presencia
temblaba siempre confuso.
FORTUÑA. Fray Pedro nos abandona.
(Extrañeza en Brunilda.)
Un pergamino os envia, (Se lo dá.)
pues toma pronto la via
que conduce á Barcelona.
(Brunilda lo toma y lee dando muestras de zozobra.)
BRUN. (Leyendo.)
«De Jaime la salvacion
»en vuestras manos está:
»sin vos se condenará,
»que es fiero su corazon.
»No le aparteis del camino

»en que colocarle pude;
»vuestra caridad le escude.
»Es, señora, un asesino...
»de los de la secta...»

(Al leer la palabra «asesino» quédase aterrada; luego dice «de los de la secta...» medita un brevísimo instante y se dirige resueltamente á Fortuña, que, al empezar á leer la señora, se habrá retirado á respetuosa distancia.)

Á ver...
Fortuña, á don Jaime llama.

FORTUÑA. Ya viene, ya viene. (Con alegria.)
El ama...

(Yendo hácia D. Jaime.)

BRUN. ¡Ah!

(Con sorpresa, que reprime, deteniendo á Fortuña, que vá á dirigirse á D. Jaime.)

FORTUÑA. Le lla...

BRUN. (Bajo.) No puede ser.
¿Te place que traiga aqui
la cena? Por ella voy.

RODRIGO. No te molestes, estoy...

BRUN. Con ella vuelvo. (Con jovialidad.)

RODRIDO. (Bondadosamente.) No.

BRUN. (Insistiendo.) Si.

(Váse con Fortuña. Cuando llega, leyendo el pergamino, á la palabra que tanto la conmueve, y dice á Fortuña que llame á D. Jaime, ya estan él y D. Rodrigo en una de las puertas del foro. La dueña, que ignora lo que ha leido su señora, al recibir su órden vá, con suma naturalidad, á cumplirla, dirigiéndose á D. Jaime; pero como le vé acompañado de D. Rodrigo, lanza, involuntariamente, una exclamacion de sorpresa. Brunilda tambien, ante la inesperada presencia de su esposo, se sobrecoge. Hay un momento de pausa. Rrunilda, dominándose, deteniendo á Fortuña para que no hable con D. Jaime, y aparentando satisfaccion y alegria, pregunta á su marido si quiere la cena, y este, preocupado, pero sin manifestar ira, y sí desazon, le contesta con frialdad y afectada dulzura. En D. Rodrigo ha de pintarse siempre la desconfianza que tiene de los hombres; es iracundo, suspicaz;

en sus labios vaga siempre la sonrisa irónica del hombre que, habiendo padecido mucho, está siempre armado del sarcasmo contra la sociedad.)

ESCENA V.

D. JAIME, D. RODRIGO.

JAIME. ¡No avisarme tu venida!
No puedo olvidarlo. (Con tono cariñoso)
RODRIGO. ¿No?
Otra vez... (Con imperceptible ironia)
JAIME. Llega el retrato,
mato en mi pecho el dolor...
RODRIGO. ¡Pobre de tí! (Fingiendo ternura.)
JAIME. Me atormento
un mes y dos y otros dos,
temiéndome que á Brunilda
mataran las penas.
RODRIGO. (Sarcásticamente.) ¡Oh!
JAIME. Nadie contaba...
RODRIGO. Es verdad,
para el muerto... la oracion. (Pausa.)
En la toma de Mallorca...
JAIME. Murió un Moncada.
RODRIGO. No, dos.
Guillen y Ramon, mis deudos.
Herida, sangrienta, atroz
fué la refriega. Cercóme
de alarbes un escuadron;
caí desangrado en tierra,
y al recobrarme, ¡oh furor!
desembarcaba en las costas
del mauritano. ¡Gran Dios!
tuve el cuerpo en las prisiones,
(Con profunda amargura y esfuerzo que domina.)
y el alma donde ora estoy.
—«¡Vas á morir!» me dijeron.
Á un prisionero español
dí el retrato de Brunilda...
JAIME. Ese fué quien me lo dió. (Interrumpiéndole.)

RODRIGO. Luego me dicen: «No mueres,
»dá tu rescate; es mejor
»para nosotros. Tu vida,
»¿qué nos importa, Baron?»
Á otra mazmorra me llevan:
«Volvedme, les dije yo,
»al calabozo que dejo...»
No quisieron. ¡Cuál mi horror
seria, pensando que
si el cautivo á ver el sol
llegaba aqui, mi Brunilda
tendria la nueva atroz;
y, quizás, andando el tiempo,
rica, bella, jóven...

JAIME. (¡Dios!)

RODRIGO. Á nuevas nupcias podria...

JAIME. ¡Rodrigo! (Con extrañeza.)

RODRIGO. Pues no faltó...
(¡Se turba! ¡se turba!) (Reprimiendo su ira.)

JAIME. Creo
que Jaime el Conquistador
piensa llevar á la Siria...

RODRIGO. Si; las barras de Aragon
brillarán en donde impera
ese bárbaro señor...
El rey de los asesinos.
(Movimiento de sorpresa en D. Jaime.)
¿Qué tienes, Jaime?

JAIME. (Fingiendo serenidad.) ¡Yo! ¿yo?

RODRIGO. Palideces.

JAIME. Si. (Pausa.) Me causa
hondo disgusto, Baron,
el mirar que, apenas vuelves,
ardes en nuevo furor...

RODRIGO. Pago al siglo con mi sangre
su tributo, y se la doy
para comprar á mis nietos
la paz que les debo.

JAIME. (Turbado.) Adios.

RODRIGO. (Deteniéndole con afectada bondad.)
¿No sabes que es la conciencia
el ojo del corazon? (Tomándole de la mano.)

JAIME. Si.
RODRIGO. Estoy leyendo en tu pecho
como ante la luz del sol.
JAIME. Rodrigo... (Algo turbado.)
RODRIGO. Dos años hace
nos conocimos los dos,
en donde pronto se aprietan
los lazos del corazon.
En la guerra.
JAIME. (Con vaguedad.) Ciertamente.
RODRIGO. Te traté con el amor
con que se trata á un hermano...
JAIME. Es verdad. (¡Tormento atroz!) (Con angustia.)
RODRIGO. Y hasta mi esposa querida
tan dulce nombre te dió.
Suena la bélica trompa
y voy de la guerra en pos;
te quedastes en mi casa...
JAIME. Mi heróica resolucion
era partir los peligros...
RODRIGO. Fiebre tenaz te postró;
marché, te quedastes...
JAIME. Pronto
vino á la España, veloz
la noticia de tu muerte:
ví de Brunilda el dolor,
temí dejarla, dudé...
RODRIGO. Y quiso tu corazon...
JAIME. Lo que juzgué mas discreto.
RODRIGO. Siempre escoge este señor (El corazon.)
la medicina mas grata.
JAIME. ¡Rodrigo!
RODRIGO. Jaime, te estoy
mortificando.
JAIME. (Con bondad.) Lo has dicho.
RODRIGO. Pues háblame con la voz
de la verdad. Te propuse,
cual don de fraterno amor,
la mano...
JAIME. Si, de tu hermana...
RODRIGO. Y... (Con viva curiosidad.)
JAIME. Temo repulsas...

RODRIGO. (Manifestando gozo.) ¡Oh!
á tu edad, y con tu espada...
JAIME. Soy pobre... tengo...
RODRIGO. ¡Ilusion!
Ese obstáculo he vencido.
JAIME. No puedo casarme.—El sol
me hallará de aqui muy lejos.
RODRIGO. (Reprimiendo el coraje.)
Si te vieras, como yo,
y á tus oidos llegara...
JAIME. ¿Qué? ¡qué!...
RODRIGO. Nada.
JAIME. Estás feroz. (Pausa.)
RODRIGO. Si supieras que tu amigo,
de tu desgracia á favor,
pretende ocupar tu puesto...
JAIME. ¿Hablas de nosotros? No...
(Reprimiendo su ira.)
RODRIGO. Si en vano romper quisieras
los hierros de tu prision;
si el fantasma ¡de los celos!
inexorable, traidor,
se levantara cien veces
hasta entre tu rezo y Dios...
dime: ¿qué harias?
JAIME. (Sonrojado.) Haria...
No sé lo que hiciera yo.
RODRIGO. La virtud es como el oro;
se quilata en el crisol
de la desgracia...
JAIME. (Con despecho.) Tambien...
RODRIGO. Sigue... sigue... ¡vive Dios!
JAIME. Se derrite... (Sañudo.)
RODRIGO. ¡Se derrite!
JAIME. Esclavo de un torpe amor,
delirios de hermosos dias
de inexperiencia...
RODRIGO. (Con ira salvaje.) ¿Qué!...
JAIME. Yo...
Adios, Rodrigo. (Entre iracundo y confundido.)
RODRIGO. ¡Detente!
(Cada vez con mas soberbia.)

debe el uno de los dos...
(Preséntase Miguel, foro derecha.)

JAIME. En esta casa hay un ser...

RODRIGO. ¡Miguel!

MIGUEL. ¡Señor!...

RODRIGO. (Queriendo detenerle.) ¡Jaime!

JAIME. ¡No!

(Cuando dice D. Rodrigo «¡Miguel!» es porque vé á este criado presentarse. Á su vez, Miguel cree que le llama, y se interpone entre su señor y D. Jaime. Este dice «¡No!» saliendo resueltamente del teatro.)

ESCENA VI.

D. RODRIGO, MIGUEL.

MIGUEL. (Pasa algo.) (Maliciosamente.)

RODRIGO. (Olvidándose de que le está mirando el criado.)
¡Pero Brunilda,
tan inocente, tan pura!

MIGUEL. La señora...

RODRIGO. ¿Qué?
(Volviéndose rápidamente y sobrecogiéndose al ver á Miguel.)
¡Miguel!

MIGUEL. Que la señora pregunta
si quereis aqui la cena,
ó vais adentro.—¿Os angustia
alguna cosa? (Con interés.)

RODRIGO. (Preocupado.) Decias...

MIGUEL. ¡Qué palidez!

RODRIGO. Dí qué buscas,
y véte. (Con mal modo.)

MIGUEL. Como don Jaime
lleva la cara sañuda...

RODRIGO. ¿Qué te importa?

MIGUEL. (Con timidez.) Y es persona,
perdonad, que me repugna...
(Al oir esto, D. Rodrigo cambia de fisonomía, y muestra disimulo.)

RODRIGO. Mal hecho.

MIGUEL. Está bien.

(Entre dientes.) Si Dios
á vuestra esposa no os junta...

RODRIGO. ¿Qué dices?...

MIGUEL. Nada.

RODRIGO. ¿Qué has dicho?

MIGUEL. Señor... (Temeroso.)

RODRIGO. Responde.

MIGUEL. ¡Es un Judas!

RODRIGO. (Mirándole fijamente.)
¿Le tienes odio?

MIGUEL. (Tratando de dominarse.)
Es verdad;
tiene esta casa por suya...

RODRIGO. Es mi amigo.

MIGUEL. (Con insolencia.) ¡Amigo!

RODRIGO. (Tomándole de la mano.) Dime...

MIGUEL. ¡Oh! ¡me mirais con tal furia!

RODRIGO. ¿Quién? ¡Yo! pues si estoy tranquilo.
Ya mi corazon te escucha.
(Fingiendo serenidad.)

MIGUEL. «¡Miguel ¡Miguel! me decia,
»seré tu señor; ¿te gusta?
»¿quisieras tú que Brunilda
»conmigo en dulce coyunda?...»

RODRIGO. (Con sonrisa nerviosa.)
¿Y la señora?...

MIGUEL. Exclamaba,
con angélica dulzura,
al verme fiero:—«Miguel,
»eh, Miguel, no me hables nunca
»mal de Jaime...»

RODRIGO. (Sonriéndose con el sarcasmo de la ira reprimida.)
¡Basta! ¡basta!...

MIGUEL. Pero, ¿os causa risa?

RODRIGO. (¡Estúpida
especie humana!)

MIGUEL. (Confidencialmente.) Señor,
¿quereis noticias?... ¡Y muchas!

RODRIGO. De Jaime, Miguel, de Jaime? (Con rapidez.)

MIGUEL. Y ya vereis ¡qué seguras!

RODRIGO. Si, si, Miguel...

MIGUEL. Al instante

hablareis...

RODRIGO. ¿Con quién?

MIGUEL. Con una
mujer infeliz, que viaja
peregrinando, que abjura
de sus pasados errores;
aqui viene, se refugia,
y con don Jaime se encuentra;
él la sedujo, y rehusa
(Con misteriosa intimidad.)
reconocerla...

RODRIGO. ¿Qué dices?
(Saliendo de su abstraccion.)

MIGUEL. Me contó sus desventuras
llorando á lágrima viva.

RODRIGO. ¿Dónde?

MIGUEL. Aqui.

RODRIGO. ¿Sí! (Con sorpresa.)

MIGUEL. ¡Qué figura
tan interesante! Lleva
un niño, como la espuma
blanco...

RODRIGO. Que venga... si...

MIGUEL. Vaya,
y es noble, y discreta, y junta
á tantas bondades, otra.

RODRIGO. ¿Cuál?

MIGUEL. De fray Pedro la acucia,
hace que abandone al hombre
que la engañó. ¡Pobre! pugna
por hablaros, yo me opongo...

RODRIGO. ¿Por qué?

MIGUEL. Porque no se abusa...

RODRIGO. Pues quiero hablarle, al momento.

MIGUEL. Aqui la teneis.
(Aparece Aldonza en la puerta de la derecha. D. Rodrigo, desde que Miguel se la enseña, quiere ir hácia ella, pero Miguel, que está en actitud de partir, se interpone.)
¡Es ruda
mi memoria!

RODRIGO. ¿Qué?...

MIGUEL. La cena...

RODRIGO. (Con imperio.)
Déjame, ¡déjame!
(Váse Miguel. D. Rodrigo se acerca á Aldonza, y la baja al proscenio, invitándola á que se siente; manifestando angustia la habla con bondad)

ESCENA VII.

D. RODRIGO, ALDONZA.

RODRIGO. Surca
el llanto vuestras mejillas.

ALDONZA. ¡Ah! Señor...

RODRIGO. No se me oculta
que sois desgraciada.

ALDONZA. ¡Y tanto!

RODRIGO. Para todas las angustias
tiene Dios consuelo.

ALDONZA. Vos,
á quien, con justicia, ilustran
virtudes tantas...

RODRIGO. (Con modestia.) Señora...

ALDONZA. De quien en torno se agrupan
feudatarios que os bendicen,
desgraciados que os anuncian
como el ángel bondadoso...

RODRIGO. Mandadme, mandadme.

ALDONZA. En suma;
vos, que tanto habeis sufrido,
sereis la persona única
que pueda dar á mi hijo
padre, nombre... y aunque oculta
pase yo la vida entera
llorando mi desventura,
no importa, no, sufra yo,
pero él ¡Dios mio! no sufra.

RODRIGO. Y ¿qué puedo hacer?

ALDONZA. Sois noble:
los hombres de vuestra alcurnia
amparan al que padece,
y hasta en lid sangrienta y ruda

la vida dan por la vida
de los infelices. Triunfan,
en esos ojos lo veo,
vuestras virtudes, de injustas
y egoistas conveniencias.

RODRIGO. (Conmovido.)
¿Qué quereis?

ALDONZA. ¿Qué? Jaime oculta...

RODRIGO. ¿Qué cosa, qué?

ALDONZA. Su perfidia.

RODRIGO. ¡Su perfidia?

ALDONZA. Si; su conducta
infame, inícua, conmigo,
no querrá que se trasluzca.
Pero si vos me amparais...

RODRIGO. Contad conmigo.

ALDONZA. ¿Si?—Gusta
de vivir en vuestra casa?
Pues que se aleje; á su astucia
la vuestra oponed.

RODRIGO. (Con asombro.) ¡Señora!

ALDONZA. Que tema vuestra censura,
que se aleje.

RODRIGO. Ya comprendo...

ALDONZA. ¿Si? (Con júbilo.)

RODRIGO. Si, si; ¿temeis que alguna
os robe su corazon?

ALDONZA. (Reprimiéndose.)
Temo...

RODRIGO. Hablad.

ALDONZA. Acaso injusta...

RODRIGO. Respondedme, con franqueza.
¡Si todo lo sé! (Fingiendo bondad.)

ALDONZA. (Compadeciéndose.) ¡Qué digno
sois vos de mejor fortuna!

RODRIGO. (Dominando su ira.)
¡Señora!...

ALDONZA. Si el mauritano
os abre en su tierra tumba,
pasa Brunilda...

RODRIGO. (Con ansiedad de celos.) Seguid...

ALDONZA. Pasa con Jaime á otras nupcias.

RODRIGO. (Fingiendo candor.)
Pero ¿cómo sabeis eso?
ALDONZA. Lo sé, tengo pruebas.
RODRIGO. (Con cólera.) ¡Una!
En el instante...
ALDONZA. ¡Qué modo!...
RODRIGO. ¡Oh! (Cada vez mas colérico.)
ALDONZA. Dominad esa furia.
RODRIGO. Os irritan vuestros celos.
ALDONZA. Si, si. (Con fuerza.)
RODRIGO. ¡Y ellos la calumnian!
ALDONZA. Eso dicen los marídos
cuando ven que les abruma
la sociedad, con el peso
de su desprecio y su burla.
RODRIGO. (Colérico.)
¡Pruebas, pruebas!...
ALDONZA. Las tendreis.
BRUN. (Dentro.)
Con mas cuidado. (Se estremece Aldonza.)
RODRIGO. ¡Os inmuta
su voz!...
ALDONZA. Me irrita.
BRUN. (Dentro.) Con tiento...
ALDONZA. ¡Maldita mujer! (Váse.)
BRUN. ¡Que nunca
tengas cuidado!
(D. Rodrigo vuelve el rostro á Aldonza reprimiendo un impetu de cólera. Aldonza corre, y entra por la misma puerta por donde salió á la escena. ¡Brunilda viene por la segunda de la derecha, acompañada de dos criados con una mesa con manjares: Fortuña la sigue con dos jarras: un criado con luces.)

ESCENA VIII.

D. RODRIGO, BRUNILDA, FORTUÑA.

RODRIGO. ¡Se fué!
BRUN. Acércate, Juan, y alumbra.
(Los criados ponen la mesa á cierta distancia de don

Rodrigo, de modo que no estorbe para la accion.)
Id con Dios.

RODRIGO. (¡Ah!)

BRUN. (Á Fortuña.) Dáme, dáme.

FORTUÑA. El clarete.
(Dándole primero una jarra, despues otra.)

BRUN. (Colocándola encima de la mesa.)
(A un criado que se marchaba.) Bueno. ¿Lucas..

FORTUÑA. El hipocrás.

BRUN. Dí á mi padre
que venga cuando concluya.
(Vánse los criados. Brunilda, con jovial satisfaccion, poniendo la mesa, habla consigo misma.)
Bien, muy bien. Puedes marcharte.
(Á Fortuña, que vá á replicar.)
Yo le sirvo. (Quiere hablar Fortuña.)
¡Si me gusta! (Váse.)

ESCENA IX.

D. RODRIGO, BRUNILDA.

BRUN. ¡Ah! (Contemplando la mesa.)

RODRIGO. ¡Ira de Dios! se me crispan...
si, ¡se me crispan los nervios!
(Brunilda vá de puntillas, le toca en el hombro; él se vuelve con ira, poniéndose en pié.)
¿Qué quieres?

BRUN. (Señalando para la mesa.) Está ya lista.
Y perdone el caballero
la demora.

RODRIGO. (Acercándose á la mesa.)
Falta...

BRUN. Falta...
¿quien sirva? Soy yo quien tengo
ese honor.

RODRIGO. Que falta digo...

BRUN. ¡Ay! ¡es verdad! ¡Ya recuerdo!
(Dándose una palmada en la frente, sale del teatro sumamente alegre y satisfecha.

ESCENA X.

D. RODRIGO.

¿Adónde vá!—¡Jesucristo!
pon, pon en mis labios tiento. (Pausa.)
¡Y yo le traje á mi casa! (Preocupado.)
Amigos! Y yo en mi pecho
he dado calor al áspid!
Ah! corazones de cieno!
Que siempre por generoso,
por veraz y caballero,
he de encontrarme enredado
en los lazos de un perverso!
que solo malvados halle
de mi vida en el sendero;
envidiosos que no pueden
hacer lo que hacer yo puedo,
y que quieren ser felices
á mi costa! mundo! Infierno!...
¿Brunilda tambien? Dios mio!
¡Oh! nunca! imposible!... Pero, (Medita.)
¿no está tambien amasada
(Con sarcástica sonrisa.)
con las escorias del suelo?
No hay justicia entre los hombres.
¡Ni siquiera hay uno bueno! (Pausa.)
Veré en el instante...
(Vá á salir desatentado y se presenta su esposa, que le detiene. D. Rodrigo queda observándola de reojo y dominando su coraje.)

ESCENA XI.

D. RODRIGO, BRUNILDA. Brunilda trae un ramillete de flores, que coloca en el centro de la mesa con viva satisfaccion; se acerca á su esposo, y le dice:

BRUN. Conque
todo está.
RODRIGO. (Preocupado.) Voy á saberlo.

BRUN. (Señalando la mesa.)
Pues mira.
RODRIGO. (Abstraido.) ¿Qué? qué?
BRUN. Las flores.
RODRIGO. ¡Ah! si.
(Destapa el cubierto en actitud de sentarse, y se queda con la servilleta en la mano.)
BRUN. (Con suavidad.)
¡Si supieras!... Luego
te lo diré.
RODRIGO. (Con desconfianza.)
¿Por qué lloras?
BRUN. Quién? ¡Si ya no lloro!
RODRIGO. Y veo
tus lágrimas!
BRUN. (Con dulzura.) Siéntate.
RODRIGO. Dí: ¿qué tienes?
BRUN. Yo? Qué tengo?
RODRIGO. Quiero saber por qué lloras.
BRUN. (Con mucho cariño.)
¡Suspicaz!
RODRIGO. Responde.
BRUN. (En tono de conformidad.) Bueno.
Cuando en tu ausencia, bien mio,
miro las flores, me apeno
recordando aquellos dias
de mi dolor. Mas ya puedo
verlas, amarlas... Rodrigo...
(Invitándole á que se siente.)
RODRIGO. (Vá á la mesa, se detiene mirando á ella, y dice fingiendo alegria.)
¡Calle!
BRUN. ¿Qué?...
RODRIGO. ¡Falta un cubierto!
BRUN. No, yo no como; te sirvo.
RODRIGO. Es... para Jaime.
BRUN. Dejemos
que en su habitacion se esté.
RODRIGO. No; que venga.
BRUN. ¡Raro empeño!
RODRIGO. Es mi gusto. (Aléjase de la mesa.)
BRUN. No me prives

del mio, ven.

RODRIGO. No me siento.

BRUN. Te lo suplico... (Pausa.) ¿Qué tienes?

RODRIGO. Nada.

BRUN. Imposible. (Tomándole una mano.)

RODRIGO. Pues miento.
Basta. Basta. (Con mal modo.)

BRUN. La Escritura
nos dice, y es voz del cielo:
«¡No dejes poner el sol
sobre tu enojo!»

RODRIGO. (Con indignacion.) Acabemos.

BRUN. ¡No dejes que el sol se ponga!... (Pausa)
Mira... (Señalando al foro.)

RODRIGO. ¡Qué?...

BRUN. (Con suma tristeza.) ¡Que ya se ha puesto!
Rodrigo! ¿No me respondes?
¡y qué diferente has vuelto!
¿Qué tienes? dí.

RODRIGO. Gangrenado
el corazon.

BRUN. ¡Ah! Dios bueno!
qué semblante!

RODRIGO. Si, de rabia:
de mí mismo me avergüenzo,
y me parece que todos
me señalan con el dedo,
se mofan y se sonrien,
y hasta me escupen.
(Reprimiendo mal un rapto de ira.)

BRUN. No acierto
á comprenderte. ¡Dios mio!

RODRIGO. Brunilda!...

BRUN. (Alejándose con timidez.)
Te tengo miedo.
Rodrigo, ¡por compasion!

RODRIGO. Tú que comprendes, Brunilda,
lo que yo decirte quiero;
tú que puedes apreciar
de mis angustias el peso;
¡ah! tú, que noble, amoroso,
me has visto á tus plantas tierno;

tú, que conoces lo santo
de mi pasion, y mi fuego,
mi ternura, mi constancia,
mi lealtad, mi rendimiento,
mi alucinado entusiasmo,
mi sumision, mi respeto,
y, por fin, la llaga horrible
de envidia, de amor y celos,
comprenderás que ora sufro
los mas atroces tormentos,
que tengo en la frente un mundo
y en el alma un áspid fiero.
¡Malhadada suerte mia!
¡Ah!

BRUN. Serénate un momento.

RODRIGO. ¡Si! ¿No lo ves? Me reprimo...
y ya... ¡si ya estoy sereno!
(Sarcásticamente.)
Asi lo quiere ese mundo
lleno de farsa, de enredo,
y esa máxima terrible:
«¡Calla y muere!» y callo, y muero!
(Pausa.)
Inútil llanto, Brunilda,
y no perdamos el tiempo:
tú te marchas con tu padre,
y yo á Barcelona.

BRUN. ¿Sueño?

RODRIGO. Cuando ese vulgo insolente
habla con poco misterio
del honor de una señora,
van las palabras cundiendo,
y es el marido el escarnio...
No, ¡vive Dios! no he de serlo. (Airado.)

BRUN. Pero, Rodrigo, ¿qué pasa?

RODRIGO. ¡Insensata!

BRUN. (Llamando.) Padre!

RODRIGO. (Tomándola de una mano, con ira.)
Quieto!
Ha de quedar este asunto
en las sombras del misterio.

BRUN. Cuando tu soberbia crece;

cuando sordo á mis lamentos
me desairas; cuando miro
que se trata de mi crédito,
y en la frente de mi hija
estampas el torpe sello
del oprobio, la deshonra
y el mundano menosprecio,
entonces amparo busco
de mi padre en el respeto.

RODRIGO. Yo te mando que te calles.

BRUN. ¡Por Elvira te lo ruego!
(Aterrada y suplicante.)
Serénate...

ROBERTO. No.
(Preséntase D. Juan.)

BRUN. Pues mátame
si quieres... ¡Padre! (Viéndole.)

JUAN. Silencio!

(Al salir D. Juan, D. Rodrigo detiene violentamente á su esposa; D. Juan observa; Brunilda, viendo á su marido tan iracundo, se resigna: cuando vé D. Rodrigo á D. Juan suelta la mano de Brunilda, que vá á refugiarse en los brazos de su padre, sumamente conmovido, quien desea que no se trasluzca una palabra de lo que pasa, y asi lo indica con la que tiene de salida: toma á su hija, la lleva á la primera puerta de la derecha, la invita á entrar: Brunilda pugna por volver al lado de su esposo; pero D. Juan, besándola en la frente, la hace salir del teatro: esta lanza una mirada de angustia á su esposo; él la contempla con ira desde el centro de la escena. D. Juan saca su pañuelo, se limpia los ojos y conmovido se acerca á D. Rodrigo.

ESCENA XII.

D. RODRIGO, D. JUAN.

JUAN. Supongo que serán los arrebatos
de tu carácter.

RODRIGO. ¡Vive Dios! ¿os pido
consejos yo para regir mi casa?
Quereis explicacion?...

JUAN. No te la exijo:
asuntos de familia deben solos
la esposa y el esposo discutirlos.
Te ruego que me escuches un momento.
RODRIGO. Dispensadme, no puedo.
JUAN. Te lo pido
como padre.
RODRIGO. Señor, los dulces lazos
que anuda entre los hombres el cariño,
no son los mismos que la sangre forma.
JUAN. El tuyo lo ha formado Jesucristo;
nadie puede impedir que esté fundida
mi sangre con la sangre de tus hijos.
Si no tengo la culpa de tus quejas,
¿por qué quieres tambien reñir conmigo?
Te ofendo, acaso, yo?—Venga Brunilda,
y dénse un tierno abrazo... Mi cariño...
(Señal de indignacion en D. Rodrigo.)
RODRIGO. Los lazos del amor afloja el tiempo;
la ausencia entibia la pasion.
JUAN. Rodrigo,
cuando el tiempo marchita la hermosura
de formas que perecen, alza el tipo
de la virtud su virginal semblante
y brota un nuevo amor del sacrificio.
RODRIGO. Jamás dió mi mujer al torpe vulgo
ocasion de empañar el terso vidrio
de su honor; en mi ausencia se la infama,
y es sin duda, don Juan, porque hay motivo.
JUAN. El alma me destrozan tus palabras.
RODRIGO. Si á nuevas nupcias consagrarse quiso,
como el vulgo lo dice, y me lo dice
celoso el corazon, por Dios que ha sido
fatal para los dos mi cautiverio;
fatal para los dos que, de improviso,
vomitara el sepulcro mi cadáver
antes del hora del tremendo juicio.
(D. Juan quiere hablar.)
¡Ah! yo que tengo traspasada el alma,
sentir tan solo sé; no raciocino.
JUAN. Te juro por mi honor...
RODRIGO. Asi sucede,

ya lo sé, ya lo sé, nada habeis visto.

JUAN. Me creo superior á la calumnia.

RODRIGO. Quede mi nombre en sempiterno olvido.

JUAN. ¡Jamás, jamás! Mi paternal ternura
sabrá corresponderte...

RODRIGO. No me obligo...

JUAN. Evitemos escándalos... (Muy conmovido.)

RODRIGO. (Con sequedad.) Entiendo.

JUAN. ¿No sois los dos mis adorados hijos?
Pues bien, la infamia que á tu nombre alcance
tambien ultraja y escarnece el mio.
Quiero hablarla... (Con viva insistencia.)

RODRIGO. No, no.

JUAN. (Suplicante.) Déjame solo.

RODRIGO. No.

JUAN. Un instante, un instante; si, lo pido
mil veces y otras mil, y te lo ruego
como padre amoroso, si, Rodrigo.

RODRIGO. ¡Oh! No puedo, no puedo.

JUAN. ¿De rodillas,
y en nombre de tus padres, te suplico?
(Pausa.)
Mira esta frente inmaculada; en ella
sus labios ponen tus amantes hijos,
y cuando juegan con mis nobles canas
exclamo con placer: «¡Tambien son mios!»
(D. Rodrigo permanece silencioso, dominando su angustia. D. Juan, despues de su última palabra, le mira un rápido instante, y como nada le responde le dice: «Elige.» En el semblante del Baron se pinta la benevolencia luchando con la firmeza de su carácter.)
Pues bien, Moncada, verterás mi sangre.

RODRIGO. ¡Señor!

JUAN. Elige. (Con magnanimidad.)

RODRIGO. Á vuestro gusto elijo.
Al punto vuelvo, antes del alba parto.

JUAN. ¡Cada instante que pasa es un suplicio!
(Acompaña á D. Rodrigo hasta el foro y baja al proscenio con la zozobra de las grandes desgracias.)

ESCENA XIII.

D. JUAN, BRUNILDA.

JUAN. ¿Será verdad? Mi celestial Brunilda
¿manchar pudiera mis blasones limpios?
BRUN. Nunca, mi padre, la calumnia solo...
(Brunilda ha salido algunos versos antes. Está serena, majestuosa. Aunque D. Juan no crea la acusacion que infama á su hija, su orgullo es tal, que se irrita con solo pensar que pueda la maledicencia haber clavado su arpon en el honor de su nombre. Asi, pues, cuando exige de Brunilda que se vindique, el semblante de D. Juan debe expresar cierta lucha consigo mismo por ceder á las razones de la dama, pero jamás la ferocidad ni el odio.)
JUAN. Excuso explicaciones: has oido:
siempre me opuse á la amistad del hombre
que impera cual señor en el castillo,
y que ha dado motivo á la calumnia...
BRUN. Está, señor, mi corazon tranquilo.
He debido decirle: «Es un villano
el hombre á quien honraste como amigo?»
Las mujeres prudentes y que adoran
como adora Brunilda á su marido;
las mujeres que tienen un esposo
tenaz y fiero, como lo es Rodrigo,
le arrebatan la espada de las manos.
JUAN. Primero vindicarte es lo preciso.
BRUN. Soy yo la que debiera estar quejosa:
él me trajo al hogar aquese amigo,
y á pesar de mis ruegos y mi llanto,
tenaz le dió bajo su techo asilo.
Yo puedo vindicarme.
JUAN. (Con autoridad.) En el momento.
BRUN. ¡Qué! ¿mi padre tambien es mi enemigo?
JUAN. Tu padre te conoce; pero el mundo...
BRUN. No me doblo del mundo á los caprichos.
Dios está sobre todos: ÉL me ampara:
si me manda las penas, me resigno.
JUAN. Norabuena; ¿y tu esposo?...

BRUN. Acostumbrado
á mi dulce ternura y mi cariño,
juzga que debe de sus torpes celos
demandarle perdon el ofendido.
No, que es mengua y baldon entre consortes,
lo que fuera entre amantes incentivo
de amorosa ventura.

JUAN. (Con ira.) Al insensato
que origina el dolor de tu marido...

BRUN. ¿Qué hareis, señor?

JUAN. Le arrancaré la vida.

BRUN. (Con bondad.)
Solo merece compasion.

JUAN. (Con asombro.) ¿Qué has dicho!

BRUN. Yo le defiendo.

JUAN. (Con autoridad.) Tu virtud se opone.

BRUN. ¡En el nombre de Dios os lo suplico!
Dejadme, padre, proceder...

JUAN. (Admirado.) ¡Brunilda!

BRUN. Le defiendo, señor, os lo repito.

JUAN. ¡Ah! me estremecen tus palabras.—Mira,
hay un monstruo, Brunilda, un basilisco
que penetra en la casa disfrazado,
y entre dos corazones encendidos
de casto amor en la inocente llama,
interpone el espacio y el vacio,
á la fin los divide, y los coloca
en la orilla fatal del precipicio.
Tal es el odio: la cabeza inclina
á tu esposo que manda, y es preciso...

BRUN. Yo no pido perdon á quien me ofende,
y es caso de conciencia, padre mio,
que tome la defensa del que causa
mi dolor.

JUAN. Yo te ruego...
(Señal de disgusto en Brunilda.)
No adivino
la razon.

BRUN. Mi razon. (Con gravedad.)

JUAN. Brunilda, cede.

BRUN. Se trata de mi honor y soy de risco.

JUAN. Repíteme, Brunilda, esas palabras.

Repite esas palabras. (Con tierna solicitud.)

BRUN. (Compadecida de hacerle sufrir.)
¡Padre mio!

JUAN. Dí que es mentira, que la torpe envidia
anhela complacerse en mi suplicio.
Acércate á mi seno; ven, mas cerca,
un poco, un poco mas; que tu suspiro
se mezcle á mi suspiro; que palpite
tu pecho ardiente con mi pecho frio.
En este instante venturoso...

BRUN. (Llorosa.) ¡Padre!

JUAN. Ni tronos ni tesoros, ¡nada envidio!
¡Ay! que me vuelves á la vida...

BRUN. ¡Cielo!

JUAN. ¡Y lloro, porque lloras, como un niño!
(La estrecha contra su corazon. Preséntase D. Rodrigo; Brunilda, con majestad, se aleja de su padre. Aparece Aldonza en la primera puerta de la izquierda, y allí se detiene hasta que le toque hablar. D. Rodrigo está sarcástico hasta el momento en que reta á Don Jaime, al fin del acto.)

ESCENA XIV.

D. JUAN, BRUNILDA, RODRIGO, ALDONZA.

JUAN. (A Brunilda, que se separa de sus brazos.)
¿Te alejas?

BRUN. Padre y señor,
nada debeis exigir,
que no puedo transigir
con quien ultraja mi honor.
La confianza y la ternura
entre el esposo y la esposa,
hacen la alianza dichosa
si el respeto la asegura.

JUAN. Vuelva en los dos á reinar
esa ternura y confianza,
y el amor y la bonanza
recobren ya su lugar.

BRUN. Con quien tanto me ofendió,
¿pudiera clemente ser

sin faltar á mi deber?
¡Ah! no, no, mil veces no.

JUAN. Su mano tu mano espera
puesto que tú fuerte eres. (Á Rodrigo.)

RODRIGO. (Con bondad y sarcasmo.)
Señor...

JUAN. Si, sé que me quieres.—
Aunque la ves altanera,
te adora.

ALDONZA. Miente. (Adelantándose.)

JUAN. Lo jura. (Sin ver quien habla.)

ALDONZA. ¡Miente, miente! (Con ira.)

JUAN. ¡Quién se atreve?...

ALDONZA. Quien ha de hacerla que pruebe
de los celos la amargura.

JUAN. Y ¿quién sois vos? (Airado.)

ALDONZA. Quien la saña
del fiero tigre alimenta;
vengo á probarle que afrenta
al esposo á quien engaña.

ESCENA XV.

D. JUAN, BRUNILDA, D. RODRIGO, ALDONZA, D. JAIME.

JAIME. ¡Aldonza, Aldonza!

ALDONZA. Baron,
esta víbora ha mordido
al mismo pecho, que nido
le diera en su corazon.
Tomad su retrato.
(Arroja al suelo el medallon que D. Jaime enseñó en el primer acto á Brunilda.)

JAIME. ¡Cielo!

ALDONZA. Compadécela al mirar,
que lo arranco de su altar
para arrojarlo en el suelo.

JAIME. Señora... ved...
(Confundido y señalando á Aldonza.)

BRUN. Su despecho
disculpo...

ALDONZA. ¡La vengarás! (Con ira, á D. Jaime.)

BRUN. Porque esa mujer no es mas
que lo que vos la habeis hecho.
RODRIGO. Aldonza, vuestro furor
mucha indulgencia merece;
quien de celos enloquece
dá pruebas de ardiente amor.
Brunilda, adorada esposa...
(¡Si una palabra pronuncias,
ay de tí!) Tú no renuncias
á ser siempre generosa.
Querido bien, ¿no es verdad?
BRUN. Sí. (Con el mismo sarcasmo con que la trata.)
RODRIGO. (Con amargura y sarcasmo, á Aldonza.)
Contad con su perdon,
porque tiene un corazon
que es manantial de bondad.
BRUN. Si, si. (Con sonrisa forzada.)
RODRIGO. Don Jaime, mi amigo,
reparad el desacato,
levantando ese retrato
de vuestra amiga.
JUAN. ¡Rodrigo!
(Con júbilo. D. Jaime vá á devolverle el retrato, y D. Rodrigo añade con dignidad.)
RODRIGO. Guardadle: sois digno vos
de poseer ese tesoro
que os dí yo mismo. El que adoro
es un presente de Dios.
BRUN. ¡Oh! Gracias.
(Cada vez mas sarcástica. Besa D. Rodrigo la mano de Brunilda.)
ALDONZA. ¡Perdon! que he sido
insensata. (Vá á arrodillarse ante Brunilda.)
RODRIGO. (Levantándola.) Aldonza, quiero
que comience el caballero
donde concluye el marido. (Pausa.)
Habeis, don Jaime, infamado
el honor de una señora,
que mi proteccion implora
de mi casa en el sagrado.
Me manda Dios que reclame
por el débil: dadle honor,

ú os llamo vil, y traidor.

JAIME. ¡Don Rodrigo! (Arrebatado de corage.)

RODRIGO. Sois infame.

JAIME. ¡Rayos del cielo!

ALDONZA. Señora... (Suplicante.)

JAIME. Has pisado á la serpiente.

RODRIGO. Al despuntar en oriente
el dia...

JAIME. ¡Si, si! (Con ira.)

RODRIGO. (¡Traidora!)

(D. Rodrigo toma la mano de su esposa, se la aprieta, ella grita, D. Juan acude al oir el grito de Brunilda. Esta, viendo que puede conocerse el sarcasmo de su marido, se domina. D. Juan, á sus palabras, se queda sorprendido; D. Rodrigo irritado.)

BRUN. ¡Ah! Rodrigo!
(Se sobrepone á la mirada de su esposo y añade:)
Jaime! no,
no cruzareis el acero.

RODRIGO. ¡Brunilda! (Iracundo.)

JAIME. ¡Si! (Como Rodrigo.)

BRUN. No quiero.

RODRIGO. ¡Quién puede oponerse?

BRUN. ¡Yo!

(D. Rodrigo está iracundo. Aldonza satisfecha de la actitud de Brunilda; D. Juan asombrado; D. Jaime contemplando de hito en hito á D. Rodrigo, con tremenda saña.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Decoracion de los anteriores.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL, RAMON, CRIADOS 1.º y 2.º

RAMON. (Asombrado.)
¡Conque saltó?
MIGUEL. Te lo cuento
como mis ojos lo han visto.
RAMON. ¿En cuántos pedazos?
MIGUEL. ¿Quién
pudiera contar los vidrios?
Saltó la copa deshecha,
dando, al quebrarse, un chasquido,
quedándose intacto el pié
y lo demas hecho añicos.
CRIADO 1.º (Con estupidez.)
No debe quedaros duda...
MIGUEL. ¡Eh! Duda, ¿de qué, borrico?
CRIADO 1.º ¡Fray Pedro Nolasco es santo!
MIGUEL. (Á Ramon.)
¿Sabes que estoy pensativo
acordándome?...
(Miguel se desvia del corro y se sienta, cabizbajo, en un sitial. Los criados se agrupan á Ramon cuando este les dirige la palabra.)

RAMON. (Á los criados.) Escuchad.
CRIADO 2.° ¡Un cuento? (Con júbilo.)
RAMON. ¿Un cuento? Un prodigio.
¿Conoceis al ermitaño
que vive allá...
CRIADO 1.° ¿Sobre un risco
del Monserrat?
RAMON. Ese.
CRIADO 2.° ¡Dicen
que es un santo!
RAMON. Pues señor...
CRIADO 1.° El cuento será bonito.
RAMON. En cierta ocasion estaba
delante de un crucifijo,
abiertos en cruz los brazos
de esta manera extendidos...
Pues cata volando en torno
una golondrina: un círculo
describe, cual lo señalo.
(Hace un círculo en el aire, en torno de su cabeza, con el dedo índice de la mano derecha.)
Luego vuela sobre el ripio
de una peña: torna luego
á volar... volar... lo mismo
que antes, pero lentamente,
tan lento... paso... pasito...
hasta que en aquesta mano, (La derecha.)
que estaba, ved! (La ahueca.) como un nido,
se posa, y al poco tiempo
sale, con rápido brio,
cantando... como ellas cantan.
CRIADO 1.° (Con candor.)
Si, cantan abriendo el pico.
RAMON. ¡Necio!
TODOS. ¡Já, já, já! (Menos Miguel.)
CRIADO 1.° ¡Buen cuento!
RAMON. Posa en el árbol vecino,
allí sacude el plumaje,
ráscase el siniestro oido
con una pata, y despues
alza la cola...
CRIADO 1.° ¡Angelito!

RAMON. Deja caer las dos alas,
concierta los abanicos,
(Acompaña la palabra con la accion, para significar mejor lo que cuenta.)
y al cabo, del ala izquierda
despréndesele...

CRIADO 2.° ¡Qué lindo!

RAMON. Una pluma, que desciende,
á modo de remolino,
dando vueltas en el aire...

CRIADO 1.° ¿Y el ermitaño?

RAMON. Lo mismo
que siempre, inmóvil.
Acabó sus ejercicios,
y ¡cuál su asombro seria
al encontrarse metidos
en esta mano... (La derecha.)

LOS DOS. (Rápidamente.) ¿Qué cosa?

RAMON. Las simientes...

CRIADO 1.° No adivino...

RAMON. Las simientes de su amor
que pone el ave en el nido!

CRIADO 1.° Pues ahora te entiendo ménos.
Tú, como sabes de libros...
Vamos, tú sabes las cosas...

RAMON. Si, ya te entiendo.

CRIADO 2.° Y ¿qué hizo
el ermitaño?

RAMON. Miró
aquellos blancos mellizos,
entre alegre y cabizbajo,
como quien dice: «¡Dios mio!
¿quién en mi mano los puso?
qué haré con ellos?»

CRIADO 1.° Lo dicho,
hay santos.

ESCENA II

MIGUEL, RAMON, los dos CRIADOS, FORTUÑA.

FORTUÑA. ¡Silencio!

(Bajo, poniendo sobre la mesa un candelabro con luces.)

MIGUEL. (Acercándosele con viveza y curiosidad.)
¿Os dijo...

FORTUÑA. Todo lo sé.

MIGUEL. Pues entonces
sabreis ya que los indicios
recaen sobre ese hombre...
(Hace Fortuña un movimiento de desagrado por lo que le dicen.)
Es que el señor...

FORTUÑA. Siempre digo
lo que dice la Escritura:
«Es ligero...»

MIGUEL. ¡Qué capricho! (Con enojo.)

FORTUÑA. (Insistiendo con bondad.)
«Ligero de corazon
»quien pronto cree.»

MIGUEL. Está visto:
para vos no hay nadie malo.

FORTUÑA. Ni nadie muy bueno, sino
aquel que tiene conciencia.

MIGUEL. Habeis errado el oficio.

FORTUÑA. (Con cierto enfado.)
Si os dejara á vuestro antojo,
contra el hombre hubierais ido,
le hubierais hecho pedazos,
y quizás esté...

MIGUEL. (Con sarcasmo.) Ciertísimo,
inocente.

FORTUÑA. Puede ser.

MIGUEL. Hubierais llegado á obispo,
si naciendo de otro sexo...

FORTUÑA. Pues oye, Miguel querido,
algunos conozco yo
que valen ménos... Amigo,
cuando la Iglesia te puso
una cruz en el vestido
y en las manos una lanza,
consagró el valor...

MIGUEL. Y quiso...

FORTUÑA. Quiso siempre defenderse

(En tono de enérgica reconvencion.)
y se valió de sus hijos.
Pero nunca exige á nadie
que dé, iracundo, al olvido,
la enseñanza de AQUEL MÁRTIR
que en el horrendo suplicio
al cielo elevó los ojos,
y á su Padre Eterno dijo:
«¡Perdónalos, que no saben
lo que hacen!» Y era el Cristo! (Pausa.)
Eh! Vamos, andad con Dios.

MIGUEL. ¿Os enojais? (Con ternura.)

FORTUÑA. (Con seriedad.) No.

MIGUEL. (Con timidez.) Mas...

FORTUÑA. (Con dulzura.) Riño,
porque quiero que seais
valientes, mas compasivos.

MIGUEL. Es...

FORTUÑA. ¡Vaya! Escuchadme todos.
(Aludiendo á Miguel, que se queda á cierta distancia.)
Iba por cierto camino,
caballero en torda mula,
un sabio; con un judio
hallóse; marchaba á pié
el israelita y le dijo
el sabio:—«Muy buenos dias.»
Contesta el otro lo mismo,
y el sabio pregunta:—«Hermano,
»¿lo somos los dos en Cristo?
»Consiste mi religion...»
habla el pedestre aludido,
»en creer que si yo mato
»un cristiano, y si le privo
»de sus bienes, Dios me premia,
»porque el cristiano es un pícaro,
»toda vez que reconoce
»que EL ESPERADO ya vino.
—»Mi religion, dice el sabio,
»me acostumbró, desde niño,
»á ver en todos los hombres
»á mis hermanos.—Amigo,
»repone el otro, pues bájese,

»cédame el mulo...»

CRIADO 2.º ¡Qué vivo!

(Poniéndose en la frente el índice de la mano derecha.)

FORTUÑA. «Cédame el mulo, supuesto
»que somos hermanos...»

CRIADO 1.º ¡Cristo!

(Celebrando la ocurrencia.)

FORTUÑA. El sabio replica:—«Espera.»
Descabalga, saca vino,
medio jabato, y meriendan.
Recoge luego el judio
los relieves del banquete,
y despues de haber provisto
las alforjas ¡sus! cabalga
y—«Adios, hermano, que pico,»
dice al sabio, y me le deja
solo y á pié.

CRIADO 2.º Mas ¿qué hizo
el sabio?

FORTUÑA. Desencantado,
siguió andando pensativo,
cuando, á poco, en un breñal
encontró al ladron, tendido,
ayes dando lastimeros...

CRIADO 1.º ¿Y el mulo?

FORTUÑA. Tan quietecito,
allí, á su lado.

CRIADO 1.º Pues, y el otro,
al ver al perro maldito,
le dió... (Señalando la daga.)

FORTUÑA. Le tomó en sus brazos,
le prodigó mil auxilios,
hasta que murió en su seno.

MIGUEL. Debió matarle. (Con ira.)

CRIADO 1.º Eso mismo.

FORTUÑA. Decis mal. El rey, entonces,
al sabio nombró ministro,
pues debe estar sobre todos
el que es prudente... y benigno.

RAMON. ¡Perfectamente!

CRIADO 2.º Soberbio!

CRIADO 1.º El cuento ha estado magnífico.
FORTUÑA. ¿Lo habeis entendido todos?
(Muestras de afirmacion, menos Miguel.)
Y tú? (Á Miguel con intencion y afecto.)
MIGUEL. Tambien. (Con seriedad.)
FORTUÑA. Pues os digo:
«Poned la misericordia
á la vera del delito.»
CRIADOS. Hasta despues. (Vánse.)
FORTUÑA. Hasta luego. (Despidiéndolos.)

ESCENA III.

FORTUÑA, despues D. JAIME.

Fortuña se sienta y dice los versos que tiene señalados, mientras D. Jaime abre la puerta secreta practicada en la columna de los arcos del foro. Observa, y cuando se asegura de que nadie le vé, adelanta hasta donde está Fortuña, con cuya presencia se sorprende: quítase el tabardo, que coloca sobre el espaldar de un sitial, y pone sobre la mesa una linterna pequeña que trae debajo del abrigo.

FORTUÑA. ¡Eh! Ya se van mas tranquilos.
¡Ay! tienen el corazon
como el acero bruñido
de la coraza! Los pobres!
si viven con los instintos! (Pausa.)
Gracias á Dios! (Viendo á D. Jaime.)
JAIME. Esas luces...
(Señalando para el candelabro. En todo este acto D. Jaime está cada vez mas preocupado; cualquiera movimiento que no emana de él, le conmueve. Tiene el mal estar, la intranquilidad del hombre á quien acosa un remordimiento.)
FORTUÑA. Ha mandado don Rodrigo
iluminar esta cámara
porque esa lámpara, dijo, (Señalando al techo.)
alumbra mal. Y...
JAIME. (Con ternura.) ¡Fortuña!
FORTUÑA. ¿En dónde os habeis metido?
Me he cansado de buscaros;

estoy á vuestro servicio.

JAIME. ¿Hiciste?...

FORTUÑA. Vamos despacio.
¡Hay en casa un asesino!

JAIME. Cómo! ¿Quién es?

FORTUÑA. Ya sabremos.

JAIME. Mas...

FORTUÑA. ¡Bribon! Si yo le pillo!

JAIME. ¿Qué ocurre?

FORTUÑA. No lo sabeis?

JAIME. No.

FORTUÑA. ¿No? Pues fray Pedro quiso
ver al señor; vá á su alcoba,
y al presentarse el bendito
de Dios, en pedazos salta...

JAIME. (Con terror.)
¿Quién?

FORTUÑA. ¡Válame!...

JAIME. Te suplico
que abrevies.

FORTUÑA. Bien. Al señor,
y esto es ya de tiempo antiguo,
hubo siempre la costumbre
de ponerle...

JAIME. (¡Qué suplicio!)

FORTUÑA. Junto á su lecho una copa...

JAIME. Si, ya sé, llena de vino.

FORTUÑA. Llena de agua, que bebia
al dormirse.

JAIME. Y ¿ha bebido?

FORTUÑA. Ese es el cuento. Esta noche
fray Pedro, ¡si cuando digo!...

JAIME. Pronto... Me angustias.

FORTUÑA. Me dió
para el ama un pergamino,
y se marchó sin hablarle,
diciéndome:—«Al alba sigo
»para Santiago; me basta
»con que entregues este escrito
»á tu señora, que yo
»me voy á dormir.»—¿La llamo?
«No.»—«Si, señor.» No insisto,

se marcha á su cuarto...

JAIME. ¿Y luego?...

FORTUÑA. Cuando le creí dormido...

(Échase mano al limosnero y dice dándose una palmada en la frente.)

¡Ah!

JAIME. ¿Qué?...

FORTUÑA. ¡Si á mi edad se pierde
la memoria, y hasta el juicio!
Pues no tengo en la escarcela!...

JAIME. ¿Qué?... (Siempre con ansiedad.)

FORTUÑA. ¡Voto á quién! El escrito
que le llevé á la señora.
Pues vaya con el olvido!
Y os interesa!

(Hácele una cortesia en actitud de marcharse. Don Jaime la invita con la accion á que se detenga y continúe.)

Fray Pedro...
cuando le creí dormido
como un liron, me le hallo
á lo largo del sombrio
corredor, como un fantasma
entre lo oscuro. ¡Dios vivo!
que majestad! qué nobleza!
qué blanca barba! El armiño
no la iguala!

JAIME. Bien. (Algo impaciente.)

FORTUÑA. Concluyo.

JAIME. Pero, díme, ¿Don Rodrigo?...

FORTUÑA. Estaba sin desnudarse
en el lecho. De improviso
pónese, rápido, en pié,
y encuéntrase, muy tranquilo,
á fray Pedro, que le dice:
—«Serénate.»—«¡Padre!»—«¡Hijo!»
—«¿Quién ha deshecho esa copa?...»—
«¡Dios!»—«¿Dios?»—«Y al quebrarse el vidrio
»te avisa la Providencia
»salvándote del peligro!»

JAIME. (En tono de fuerte conviccion.)
¡Ah! si, si.

FORTUÑA. Al entrar el padre,
embelesado ó dormido
estaba el señor: parece
que fray Pedro le bendijo,
y al hacer asi...
(La señal de la cruz bendiciendo.)
la copa
estalló, vertióse el líquido
envenenado...

JAIME. ¿Fortuña!

FORTUÑA. Envenenado. Yo he visto
que, en donde el agua cayó,
entre rojo y amarillo
quedóse el paño que cubre
la mesa.

JAIME. Bien... ¿y Rodrigo?...

FORTUÑA. Está soberbio, iracundo
como jamás.

JAIME. ¿Se ha sabido?...

FORTUÑA. El agua la puso Andrés.
Ya sabemos que es un pícaro.
(Señal de asombro en D. Jaime.)
Fray Pedro le conoció
en África.

JAIME. ¿Si?

FORTUÑA. Nos dijo
sus habilidades.

JAIME. (¡Cielos!)

FORTUÑA. Ese, segun los indicios,
es el malvado emisario
del rey de los asesinos,
de quien fray Pedro me hablaba
en su último pergamino.

JAIME. ¿El Baron?...

FORTUÑA. Está soberbio;
ha dado vuelta al castillo
rondando, y en la atalaya
está, con los ojos fijos
en la galera ismaelita
que habreis esta tarde visto
bordeando. Ya sabeis
que en cuanto ocurre un peligro

se dá una voz, y al momento
responde al grito otro grito,
y otro y otro, y sin tardanza
dá la vuelta repetido
y se dispone la gente
para atrapar á los pícaros.

JAIME. ¿Y la señora?...

FORTUÑA. Lo sabe.
Me dice... (Con sumo afecto.)

JAIME. ¿Qué?...

FORTUÑA. (Con voz dulce.) «Te suplico
»que al pobre Jaime consueles.»
Os busco, hablamos, os cito
para vuestro cuarto, pasan
dos horas, nada.

JAIME. He salido...

FORTUÑA. (Rápidamente.)
¿Por dónde? ¡Si estan alzados
los dos puentes levadizos!

JAIME. (Turbado.)
Por...

FORTUÑA. No tengais desconfianza
de hablar la verdad conmigo.

JAIME. Me conmueves. ¡Yo, que siempre
te traté mal!

FORTUÑA. Jesucristo!
Pues yo os miré con afecto.

JAIME. (Con reconocimiento.)
¡Fortuña!

FORTUÑA. Si yo he servido
á las monjas: pues, mirad,
conozco bien el oficio
de la Iglesia. Se encamina
siempre á ganar el espíritu
prescindiendo de la fuerza;
vence con el atractivo
de la bondad, y ¡es terrible!
y lo será por los siglos!

JAIME. Aldonza... ¿se convenció?

FORTUÑA. ¡Pobrecilla! Está lo mismo
que una paloma!

JAIME. ¿Vendrá?

FORTUÑA. De seguro. Hablad.

(D. Jaime quiere pronunciar una palabra, no se decide; Fortuña le dice con suavidad.)

JAIME. (Indeciso.)

Miro...

FORTUÑA. No es confianza la confianza
á medias.

JAIME. (Resuelto.) Bueno: mi hijo...

FORTUÑA. (Señalando á la primera puerta derecha.)
Allí duerme.

JAIME. Yo quisiera
que, asi como está, dormido,
le trajeras á mi cuarto.

FORTUÑA. No, la madre...

JAIME. (Preocupado.) Si...

FORTUÑA. Decídselo
vos. Aqui la teneis.

(Preséntase Aldonza por la primera puerta de la derecha.)

JAIME. No.

FORTUÑA. (Yéndose.)
Con ella os dejo.

ALDONZA. (¡Dios mio!)

(Fortuña entra por la misma puerta que sale Aldonza á la escena. Esta hace un movimiento suplicatorio para detenerla: aquella le señala con dulzura á D. Jaime, como persuadiéndola, por señas, de que le hable.)

ESCENA IV.

D. JAIME, ALDONZA.

ALDONZA. (Á Fortuña, á tiempo que entra por la primera puerta.)
Esperad...

JAIME. No, si soy yo
quien te cito.

ALDONZA. (Con desaliento.) ¿Para qué?

JAIME. No lo adivinas?

ALDONZA. No sé... (Pausa.)
El tiempo hermoso pasó
en que á mis plantas rendido
me hicistes de amor esclava,

y en ese amor te entregaba
mi corazon encendido.
¡Ah! deudos, amigos... todo
por tí lo sacrifiqué,
y la corona arrojé
de mi virtud en el lodo.
Rendida á tu amante ruego
me perdió mi inexperiencia,
y fuí, con febril demencia,
mariposa de tu fuego.
Siempre de la dicha en pos
con loca temeridad,
sucumbió mi honestidad
ante los hombres y Dios.

JAIME. Basta, Aldonza; mi tormento
no dupliques con tu queja.

ALDONZA. ¡Te pinto bien!

JAIME. Si, te deja
vengada el remordimiento...

ALDONZA. Me diste, ingrato, al olvido,
me odiaste sin compasion.
¡Ay! fué tu sola razon
haberme tanto ofendido.
Te pesó la gratitud
alcanzado el beneficio,
porque en la escuela del vicio
odiar lo bueno es virtud.

JAIME. ¡Oh! no consiste la ofensa
en el acto de ofender,
sino en la intencion del ser
que dañar con ella piensa.
Tan grande fué mi maldad,
que ni acierto á darle nombre;
mas hoy empiezo á ser hombre,
pues mando en mi voluntad.
En mi infeliz corazon
la herida letal renuevo;
hiérele, Aldonza, te pruebo
mi ternura. (Con vehemencia.)

ALDONZA. ¡Expiacion!

JAIME. Eso mismo. En la orfandad
no quede nuestra querida

prenda... (Señal de asombro en Aldonza.)
¿Extrañas?... En la vida
se piensa segun la edad.
Temo por él, por los dos;
no con el temor villano
que extiende, al orar, la mano,
pidiendo bienes á Dios,
y tiembla, con duda impia,
por no alcanzarlos... yo siento
de santo arrepentimiento
la indefinible alegria:
el alma al cielo se lanza
tan pura cual la de un niño;
le dá un ala tu cariño,
otra le dá mi esperanza...
Paloma de luz, el vuelo
remonta á los aires libre...
déjala que rayos vibre
desde las cumbres del cielo.
Serán de mi Dios regalos...

ALDONZA. ¡Jaime! (Con acento apasionado.)
No.
(Se domina y le mira con desconfianza.)

JAIME. Te oiré sereno.
(Sin humillarse, pero con dulzura.)

ALDONZA. (Con candor.)
¡Si pienso que ya eres bueno,
porque hablas contra los malos!

JAIME. Aldonza, ¡por Cristo! Ten
benevolencia, y sentir
podrás en tu pecho hervir
las sensaciones del bien.

ALDONZA. ¡Á Cristo has nombrado?

JAIME. Si.

ALDONZA. ¡Quizás por la vez primera!

JAIME. Ojala le conociera
cuando yo te conocí!

ALDONZA. Adios. Adios.
(Despues de dudar un momento y con resolucion que no puede sostener, atraida por la benévola mirada de Jaime.)

JAIME. Es razon. (Pacientemente.)

(Con la indecision del que busca en su imaginacion, violentándola, argumentos para acusar á quien quiere perdonar, dice:)

ALDONZA. Mi dolor no te contuvo,
y es malo y cruel, quien no tuvo
ni de su hijo compasion.
Él sabrá...

JAIME. (Interrumpiéndola.) Nunca. Te engañas
si piensas que me odiaria
diciéndole yo:—«Alma mia,
pedazo de mis entrañas,
te pide perdon tu padre,
que tiene en serlo su gloria!»

ALDONZA. (Con vivísimo interés.)
No lo sabrá.

JAIME. ¡Si esa historia
jamás la cuenta una madre!

ALDONZA. ¡Oh, dulce iman de mi amor!
(Abrazándole con ternura.)
Tu acento me ha parecido
un rayo de luz, caido
de la frente del Señor!

JAIME. ¡Oh! No hay tiempo que perder.
Partámonos ya de aqui.

ALDONZA. ¿Los dos?

JAIME. Sin tardanza, si.
Oye bien lo que has de hacer.
Por esa puerta secreta
vas á marchar; bajarás
diez escalones, verás
dos hombres.

ALDONZA. (Con susto.) ¡Ay!

JAIME. ¿Qué te inquieta?

ALDONZA. Son amigos?

JAIME. Compañia
te harán. Nada temas.

ALDONZA. (Con desconfianza.) ¿Nada?

JAIME. Andarás siempre alumbrada
por esa linterna mia.
Todo el camino cubierto
atraviesas; vas al foso,
y, con paso presuroso,

sales luego á campo abierto.
Allí verás...

ALDONZA. (Tímidamente.) Yo no voy
sino á tu lado.

JAIME. (Con bondad.) Te exijo
la obediencia.

ALDONZA. ¡Y mi hijo?

JAIME. Yo le llevo. (Aldonza quiere hablar, él la dice:)
En todo estoy.
Dos hombres encontrarás;
aunque te parezcan fieros,
no temas, son marineros.
Con ellos al bote irás.
Por la costa mareando,
estaremos en dos horas
en Barcelona. No ignoras
que cerca está capeando
un barco...

ALDONZA. (Con susto.) ¡Ismaelita!

JAIME. Cierto.
Calando mucho su quilla...

ALDONZA. ¡Ay! (Con angustia.)

JAIME. Encallara en la orilla
acercándose: te advierto
para que si al buque ves
no temas, Aldonza, nada;
pisas tierra á la alborada,
que el bote es de buenos pies.
Contigo nadie hablará,
ni habrán de entender tu idioma;
son sectarios de Mahoma,
y no tratan como acá
á las mujeres. En caso
de que yo no pueda ir
á tiempo, debes venir...

ALDONZA. Vamos á dar un mal paso.
(D. Jaime vá á la puerta secreta, abre con cuidado, y se presenta un hombre embozado, con quien cruza rápidamente una seña de inteligencia. El hombre hace una cortesía. D. Jaime se acerca á Aldonza, que está angustiada, en el primer término del escenario.)
¡Ay, qué semblante tan duro!

(Refugiándese en el seno de Jaime y aludiendo al hombre.)
¡Tiene cara de asesino!

JAIME. Es siempre noble el marino,
nada temas. (Dominando su sorpresa.)

ALDONZA. Te aseguro
que voy por tí. ¡Temerario!

JAIME. (Á Aldonza que vá á marchar.)
Espera.
(D. Jaime vá al fondo, mira al cielo, y volviendo junto á Aldonza, dándole la linterna que está sobre la mesa, la habla, con voz entrecortada por la sorpresa.)

ALDONZA. ¿Qué?... (Con ansiedad y susto.)

JAIME. En este mes
de agosto...

ALDONZA. Sigue...

JAIME. Á las tres
dá en ocaso el Serpentario.
Es la una, ó poco mas.
Si acaso tardase...

ALDONZA. Si...
(Siempre con la ansiedad del que quiere saberlo todo pronto.)

JAIME. Te vuelves...

ALDONZA. ¡Oh! (Con júbilo.)

JAIME. Ya les dí
instrucciones. (Señalando al hombre.)
Las sabrás.
(Aldonza quiere hablar, él la interrumpe.)
¿Tú conoces el lucero
de la mañana? (Señal afirmativa de Aldonza.)
Pues bien,
si fuera no estoy tambien
cuando luzca...

ALDONZA. ¡Bueno! (Con júbilo.)

JAIME. Quiero
que vengas. Oye: el escucha...

ALDONZA. ¡Qué?

JAIME. No traspases la puerta
estando el escucha...
(La lleva al fondo diciéndole el último verso, á tiempo que suena la voz del escucha que grita dentro:)

VOZ. ¡Alerta!

(Esta voz se repite hasta que se confunde á lo lejos. Aldonza y D. Jaime vacilan un momento.)

ALDONZA. ¡Ay! (Con susto.)

JAIME. Mucha prudencia. (Con serenidad.)

ALDONZA. Mucha.

JAIME. Si llega el astro á brillar
y estamos de mal ajenos... (Con ternura.)

ALDONZA. ¡Qué?

JAIME. Cuenta un malvado ménos (Con rubor.)
al ir contigo al altar.

(Llegan á la puerta secreta. Aldonza se despide allí de D. Jaime con un abrazo; pasa despues el hombre D. Jaime cierra la puerta sin llave, se adelanta al proscenio y encuéntrase con Fortuña, que sale por la misma por donde entró.)

ESCENA V.

D. JAIME, FORTUÑA.

JAIME. ¿El niño... di...

FORTUÑA. Si me manda
venir aqui la señora.

JAIME. ¿Duerme?

FORTUÑA. ¡Eh! ¿Quién duerme ahora?
No sabeis que todo anda
revuelto, y hasta la aldea
tiene en armas ese barco?

(Señal de disgusto en D. Jaime. Fortuña dice con asombro.)

¡Y si hiciera un desembarco?

(Voces y tumulto dentro.)

Pero escuchad. ¿Quién vocea?

(Vánse ambos al foro. D. Jaime, como enterado de lo que pasa, la dice, con viveza, queriendo sacarla del teatro.)

JAIME. Ven, ven; volverás despues.

FORTUÑA. (Levantándose en las puntas de los pies, y mirando para adentro á espaldas de D. Jaime.)
¡Viene un preso!

JAIME. Quiero hablarte.

MIGUEL. (Dentro.)
No has de lograr escaparte.
(Á las instancias de D. Jaime, Fortuña cede.)
FORTUÑA. Pues vamos adentro.
JAIME. (¡Andres!)
(El tumulto crece hasta que salen á la escena los personajes que han de figurar en la inmediata. Miguel conduce á Andres rodeado de cuatro ó seis hombres de armas; lleva en una mano un venablo, en otra un farol con luz. Cuando entra este grupo en el teatro, penetra en él, al mismo tiempo, D. Juan, por el lado opuesto.)

ESCENA VI.

D. JUAN, MIGUEL, ANDRES, HOMBRES DE ARMAS.

MIGUEL. En el murallon que dá
á la mar...
(Dirigiéndose á D. Juan, con quien se encuentra en el medio de la escena.)
ANDRES. (Interrumpiéndole con ira)
Yo...
MIGUEL. (Con desprecio.) ¡Buena pieza!
JUAN. Decid lo que sea. (Á Miguel.)
MIGUEL. Puso
este farol como seña:
á poco, del barco infiel
mandan un esquife á tierra,
y unos hombres desembarcan...
JUAN. ¿Y don Rodrigo?
(Trayendo á sí á Miguel, con rapidez y en voz baja.)
MIGUEL. Se encuentra
sobre la torre.
JUAN. ¿Le vió? (Señalando á Miguel.)
MIGUEL. Es fácil que no lo sepa:
de la esplanada venimos
que al atalaya está opuesta.
JUAN. Si en algo estimas tu vida...
(Adelantándose hácia Andres.)
ANDRES. En nada, señor.
JUAN. Empieza.

ANDRES. Cuando quedemos á solas.
(D. Juan indica á Miguel que se aleje con los suyos.)
MIGUEL. Es un tunante.
JUAN. Despeja. (Vánse.)

ESCENA VII.

D. JUAN, ANDRES.

JUAN. Habla.
ANDRES. Esa nave, es verdad, (Con entereza.)
solo esperaba una seña
para mandar una lancha
con hombres. (Pausa.)
JUAN. Prosigue.
ANDRES. Esperan
que alguno salga de aqui.
JUAN. ¿Por dónde?
ANDRES. Por esa puerta.
(La del foro secreta.)
JUAN. ¡Villano! ¡Mientes?
ANDRES. No miento.
Soy asesino. Pudiera
(Asombro de D. Juan.)
librarme de vuestras manos
al punto. No me interesa,
que poco importa la vida
á quien, como yo, la arriesga.
Há dos años que don Jaime
está de vosotros cerca,
y falta á sus juramentos.
JUAN. ¡Insensato!
ANDRES. Á vuestra Iglesia
he sabido que se acoge,
y, afeminando su diestra,
ha cambiado su puñal...
JUAN. (Asombrado.)
¡Oh! mientes!
ANDRES. Por una rueca.
He venido á que me entregue
su miserable existencia,
ó á que, afrontando peligros,

cumpla con lo que le ordena
su soberano.

JUAN. ¿Qué pide?...

ANDRES. Poco.

JUAN. Dílo.

ANDRES. Una cabeza.
Si no la llevo, será
porque la mia se queda.

JUAN. ¡Malvado!

ANDRES. Esperadlo todo
del hombre á quien desespera
el despecho: yo no temo,
porque la muerte me lleva
á la vida venturosa
que mi corazon anhela.
(D. Juan quiere hablar, iracundo, Andres, le interrumpe, diciéndole con brio.)
Puede que en este momento
alguno sienta en las venas...

JUAN. ¡Ah! miserable!

ANDRES. Pues Jaime
ha faltado á la obediencia
de su señor, sepa el mundo
que, si muero en la contienda,
es porque un vil me abandona.

ESCENA VIII.

D. JUAN, ANDRES, D. JAIME, BRUNILDA.

(Al decir Andres su último verso, en el colmo de la indignacion, D. Jaime sale rápidamente, y dice, de espaldas á los interlocutores, el que tiene señalado. Fortuña, que le ha querido detener, convencida de la inutilidad de sus esfuerzos, le deja, contemplándole con lástima, y sale de la escena.)

JAIME. No te abandona, se entrega.
(Momento de asombro. Brunilda, saliendo por la puerta primera de la derecha, se acerca á su padre, y en el tono mas dulce, persuasivo y suplicante, le habla y toma de la mano.)

BRUN. ¡Salvadle vos, padre mio!

JUAN. Hija!

JAIME. (Avergonzado.)
Señora!

ANDRES. (Con despecho) Confiesan
su mútuo amor, y le salva.

JUAN. ¡Infame!

JAIME. (Airado.) Imbécil!

ANDRES. Que muera!

(Abalánzase á D. Jaime, daga en mano, pero D. Juan se interpone: cáesele la daga al suelo. Brunilda dá un grito de terror. D. Jaime se ostenta sereno. Andres colérico. D. Juan asombrado.)

BRUN. Jaime! (Pasa á su lado.)

JUAN. Guardias!

(Preséntanse algunos hombres armados.)

Al momento
conducidle.

(Señalando á Andres, de quien se apoderan los soldados.)

JAIME. (¡Qué vergüenza!)
No, yo no quiero esta vida...

(Yendo á colocarse entre los que se llevan á Andres.)

BRUN. (Deteniéndole.)
¿Qué dices!

JUAN. Llevaos fuera
á ese malvado. ¡Miguel!

(Andres se resiste.)

Respondes con tu cabeza.

(Andres sale de la escena: D. Juan vá con los que se le llevan hasta uno de los arcos del foro; pero allí, al entrar, hay un tumulto interior, como de lucha de Andres con los hombres que le custodian: D. Juan los sigue.)

ESCENA IX.

D. JAIME, BRUNILDA.

JAIME. Arrancadme el corazon,
señora, por Dios! (Queriendo partir.)

BRUN. ¡Recelas
que yo llegue á conocer

tus desgracias!

JAIME. Si.

BRUN. Tu secta
tan solo comprende el bien
del goce en la recompensa.
Mas hoy que el alma domina
á la rebelde materia,
acreditas tu virtud
con ese rubor que ostentas.

JAIME. Quiero morir.

BRUN. Imposible.

JAIME. Me mataré.

BRUN. Mi existencia
está ligada á la tuya
con un lazo que se aprieta
mas y mas á cada instante.
¡No desatarle pretendas!
El cristiano se resigna
con el dolor que le aqueja,
y no lo afronta, pensando
que no lo siente.

JAIME. ¡Me aterra
vuestra palabra!

BRUN. Adivino
lo que en este instante piensas.
¿Quieres morir? Eres padre,
y ser esposo debieras
de la que puede llevarte
de la ventura á la senda.
Tu amor es torpe, mundano,
el que quiero yo que tengas
es rayo de luz del cielo,
y allí es preciso que vuelva.
Exige, cual todo amor,
sacrificios, fortaleza
para ofrecer en sus aras
los goces de la materia.
Un alma fuerte, á Dios debe
consagrarse toda entera,
y amar á los hombres luego
en él y por él.—¿Aceptas?

JAIME. Mandad.

BRUN. ¿Si?—Pues dame al punto
ese veneno que llevas.
JAIME. No, no lo tengo.
BRUN. Es cobarde
quien al llegar á la iglesia
teme á su Dios, y le invoca
desde el dintel de la puerta.
JAIME. No lo tengo.
BRUN. (Con autoridad.) El pomo. Si.
JAIME. No, no lo tengo.
BRUN. ¡Soberbia!
Cuántas víctimas inmolas!
JAIME. Creedme... creedme...
BRUN. ¡Fiera!
¿Qué hicieras por mí... (Con inspiracion.)
JAIME. ¡Yo? Todo.
BRUN. Pues jura...

ESCENA X.

D. JAIME, BRUNILDA, D. JUAN.

JUAN. ¡Insensatos!
BRUN. (Suplicante.) Pueda
vuestra voz, lo que no pueden
mis palabras.
JUAN. ¡Oh! ¿Quisieras ..
(Con expresion de queja.)
BRUN. ¡La salvacion de su alma!
JUAN. No, jamás.
BRUN. ¡Padre!
JUAN. Perezca
el asesino perverso
que á tu marido envenena.
BRUN. ¡Él? no es él!
JAIME. (Iracundo.) Mirad...
JUAN. ¡Malvado!
destruyó la Providencia
tus criminales designios.
JAIME. Arrancadme la cabeza,
pues el tormento que sufro...
(Dice estos versos con la salvaje energia de su furor.)

BRUN. ¡Jaime, Jaime! (Conteniéndole.)
No se pierda, (Á su padre.)
salvadle.
JAIME. No.
JUAN. Me confundes.
(En tono de reconvencion.)
BRUN. ¡Ay! vos me enseñasteis...
JUAN. Cesa.
Pierda mil veces la vida,
antes que yo te consienta
que ofendas á tu marido
provocando una sospecha.
No, ¡vive el cielo!—Brunilda,
no es solo Dios quien condena,
que tambien infama el mundo
con sus inícuas sentencias.
BRUN. ¿Quién, señor, se atreveria
mi honor á manchar?
JUAN. Cualquiera
que honrada no tenga y pura
en el pecho la conciencia.
BRUN. (Algo convencida.)
¡Ah! Señor...
JUAN. Á la calumnia
temblando humildes respetan
los mismos que la conocen,
la temen y la desprecian.
BRUN. (Resuelta.)
Dejadme cumplir...
JAIME. (Negándose.) Señora...
JUAN. Si por tu bondad extrema
en mi honra inmaculada
solo la sombra cayera
de una palabra... (Con fiereza.)
BRUN. (Con espanto.) ¡Señor!
JUAN. (Dominándose.)
Detente, detente, lengua,
que salen de tí sonidos
que hasta conmueven la tierra!
BRUN. (Suplicante.)
Padre!
JUAN. (Mostrándose insensible.) Aparta!

BRUN. (Como antes.) Señor!

JUAN. (Empujándola hácia dentro.) Vé...

(La vá llevando lentamente, por la resistencia de Brunilda, hácia la puerta de su cuarto. Brunilda, como quien ha tenido la inspiracion de una idea que puede convencer á su padre, se echa mano al limosnero, á la manera del que, sin abrirle, desea saber si contiene un documento que necesita; cuando por el tacto conoce que no está en el limosnero lo que quiere, se desalienta.)

BRUN. Ved esta carta. ¡Sin ella
estoy! ¡Ah, Fortuña! Padre!
(Despues de recordar un momento.)
salvadle! (En tono de ruego.)

JUAN. Eres madre!

BRUN. Esa
es la razon que me inspira.

JUAN. (Con imperio.)
¡Obedece!

BRUN. (Sumisa.) Padre!

JUAN. Ciega!

BRUN. (Abnegada.)
Que Dios os alumbre!

(Váse, haciendo una reverente cortesia. D. Juan pasa el cerrojo á la puerta por donde entra, y encárase luego con D. Jaime, que, á sus palabras, sale, como quien despierta de una pesadilla, de la abstraccion que le preocupa.)

ESCENA XI.

D. JUAN, D. JAIME.

JUAN. El miedo
á la muerte, que os aterra,
os hace querer salvaros...

JAIME. ¡Yo? Miedo! Mirad!

(Con ira. Vá á la puerta secreta, la abre, D. Juan se sorprende.)

JUAN. Abierta!

JAIME. Si yo pensara tan solo
en mi vida, ya estuviera

en sitio donde no alcanzan
vuestras manos.

JUAN. ¡Ah! (Con duda.)

JAIME. Por ella
(Señalando á la habitacion de Brunilda.)
á comprender he llegado
que el hombre con alma alienta;
que es espíritu y razon
la mística luz secreta
que á Dios le eleva, radiante
de amor y de inteligencia.
Altivo, soberbio, indómito,
si me encerrárais, pudiera,
nuevo Sanson, arrancar
de vuestra cárcel las puertas.
¿Temeis, y justicia os sobra,
que por mí Brunilda pierda
la incomparable ventura
que su matrimonio encierra?
¡Oh! pues bien, sacrificadme,
no quiero vuestra clemencia.

JUAN. ¿Qué es lo que haceis?
(Viendo á D. Jaime llegar á uno de los arcos del foro.)

JAIME. ¡Asesinos!
(Con voz estentórea. La voz se repite hasta que se desvanece en el espacio.)

JUAN. Don Jaime! Don Jaime!
(Arepentido de haberle provocado á delatarse.)

JAIME. Vengan.
(Bajando al proscenio, sereno, y cruzándose de brazos.)
Ya los espero tranquilo.

JUAN. Salvaos.

JAIME. Huir?

JUAN. No tiembla! (Con horror.)
¿Sois padre? Venid.

JAIME. ¡Dios mio!
Aldonza! Mi hijo! (Duda.)

JUAN. Llegan
en tumulto los soldados:
venid, venid.

JAIME. No. (Con energia.)

JUAN. Por ella
os lo pido, ella lo quiere...
JAIME. ¡Es una santa!
JUAN. Se acercan.
JAIME. Soy inflexible.
JUAN. ¡Don Jaime! (Con ruego.)
JAIME. No.
JUAN. ¡Rodrigo! (Con horror, viendo á su yerno.)
Venid! (Bajo, con insistencia.)
JAIME. Sea.
(Con serenidad. D. Juan cierra y tuerce la llave de la puerta secreta.)

ESCENA XII.

D. JUAN, D. JAIME, D. RÓDRIGO, MIGUEL, HOMBRES DE ARMAS, CRIADOS con luces.

JAIME. El malvado que clavó
la espina en tu pecho, es...
JUAN. (Interrumpiéndole.)
¡El asesino es Andres!
JAIME. No, don Rodrigo, soy yo.
(Asombro general. Silencio momentáneo; despues de segundo «¡Tú!» de Rodrigo, empieza á levantarse en el horizonte la estrella de la mañana.)
RODRIGO. ¡Tú?
JAIME. Si.
RODRIGO. ¡Tú? (Con soberbia.)
JAIME. Desde el Gebal
tiene á la Europa asombrada,
quien la tiene prosternada
bajo el filo del puñal. (Pausa.)
Tú desarmaste mi mano
de tu castillo en la calma,
embelesándome el alma
con el perfume cristiano
de tu virtud. De tu esposa
quise el amor. (Ruborizándose.)
RODRIGO. ¡Mal nacido!
JAIME. Quedó á sus plantas vencido
mi fiero instinto. Afanosa

el alma, en la lucha impia
que cruda la desgarraba,
la senda de Dios buscaba
cuando el amor la rendia;
y al dominar mi pasion
atado en tan dulces lazos,
he despertado en los brazos
de tu santa religion.
Á Dios defenderte plugo,
que al darme su eterna luz,
puso á los pies de una cruz
la víctima y su verdugo.
En donde ví solo un signo,
Dios ocultaba un agente
de su gracia: penitente,
del espíritu maligno
rendí la infernal malicia,
porque el signo representa
el poder que el mal ahuyenta,
dando vida á la justicia. (Pausa.)
Yo á Brunilda calumnié:
(D. Rodrigo quiere hablar, está iracundo, se contiene, amagando estallar en un rapto de furia. D. Jaime continúa.)
yo, sí, corazon de hierro,
la infamaba, y en tu encierro
á solas...

RODRIGO. ¡Vil! (Conteniéndose.)

JAIME. Te encerré
con la impia desconfianza
que, obcecando la razon,
sepulta en el corazon
hasta la misma esperanza.

RODRIGO. ¡Cállate!... Calla. No intentes
(Desbordada su saña.)
conmoverme, no. ¡Cobarde!
No te perdono, ya es tarde.

JAIME. ¡Cobarde? Rodrigo, mientes.
(Abandonándose á la soberbia de su carácter. D. Rodrigo vá á acometerle; al empuñar la espada, se le interpone D. Juan.)

RODRIGO. No reñirá un caballero

contigo: á mi cruz bendita (La del pecho.)
no toca, raza maldita,
del asesino el acero.
¡La calumniaste! ¡Y llegué
á dudar? Dudar! Por tí!
(Con desprecio.)
¿Quisiste apagar aqui (En el corazon.)
la santa luz de la fé?
(Pausa. Luego con ira, que procura dominar.)
Cuando nuestro rey pretenda
lanzar al mar sus bajeles,
y de cabezas de infieles
hacer á mi Dios ofrenda;
cuando mi espada me pida,
¡ay! no he de vestir la cota,
que ha de sangrar gota á gota
mi corazon por la herida...
¡Vasallos! De mi furor
(Preséntanse cuatro ó seis ballesteros.)
sepa Gebal la fiereza.
Canforada su cabeza
vuelva á su infame señor.

JAIME. Irá la materia inerte,
que el espíritu que encierra
muere á la vida en la tierra,
nace á la vida en la muerte.
Tu mismo Dios es el mio,
pues con la cruz abrazado,
su semilla ha germinado
del cielo con el rocio.
(Al marcharse, contemplando el lucero de la mañana dice, con la entonacion de un ser inspirado por Dios.)
Con el hermoso arrebol
de tu brillo rubicundo,
eres, lucero, ante el mundo
el paraninfo del sol;
y cual tu luz matutina
el dia radiante augura,
el dia que siempre dura
me anuncia esta luz divina
(Llevándose una mano al corazon.)
que al alma en su fiera lid

hace quedar vencedora,
y es la estrella precursora
del SOL que veré.

RODRIGO. ¡Partid!

(Con imperio. Á los hombres de armas que le rodean.)

JAIME. Marchemos.

RODRIGO. En el momento
llevadle á morir, y muera
despedazada esa fiera
en la rueda del tormento.

ALDONZA. (Dentro, dando fuertes golpes en la puerta secreta, grita.)
¡Jaime! Jaime!

RODRIGO. Abrid. (Á un soldado.)

JAIME. ¡La estrella!

(Volviéndose para el horizonte.)
Á vos, don Juan, que sois padre,
(Acercándose á D. Juan.)
os recomiendo esa madre.
Piedad, no por mí, por ella.

(Parte rápidamente, seguido de los hombres de armas, en el momento en que un soldado abre la puerta secreta, dando paso á la Aldonza. Esta vá á seguir á D. Jaime, y hácia él se encamina, pero D. Rodrigo, tomándola de la mano y trayéndola para el primer término, la impide salir del teatro.)

ESCENA XIII.

D. JUAN, D. RODRIGO, ALDONZA.

ALDONZA. ¡Jaime! Jaime!

JUAN. (Á D. Rodrigo, bajo.) Ten piedad
de esa madre infortunada.

RODRIGO. ¡Oh! Vais á quedar vengada
(Con un dedo en la boca, diciéndole con sarcástica alegria que calle. Aldonza le mira con miedo.)
de su pérfida maldad.

ALDONZA. ¡Dónde vá?

RODRIGO. Donde á los dos
pueda al par satisfacer.

ALDONZA. ¡Adónde?
RODRIGO. Á comparecer
á la presencia de Dios.
ALDONZA. ¡Ay! (Cae desplomada en un sitial.)
BRUN. ¡Padre! Padre!
(Golpeando en la puerta de la habitacion por donde salió del teatro.)
JUAN. Oye.
(Arrastra D. Juan á D. Rodrigo al sitio donde llama Brunilda. Dos criados de los que quedaron cuando salió D. Jaime de la escena, y que vinieron en el acompañamiento de D. Rodrigo, socorren á la Aldonza; uno de ellos vá por una copa de agua, la rocia el rostro, etc.)
RODRIGO. No... (Resistiéndose.)
¿Cómo podré vindicarme
cuando ora puede humillarme?
No quiero verla. (D Juan abre la puerta á su hija.)
BRUN. Ni yo. (Saliendo.)

ESCENA XIV.

D. JUAN, D. RODRIGO, ALDONZA, BRUNILDA.

BRUN. Con vos su castillo dejo. (Á su padre.)
RODRIGO. Perdona mi ciego encono,
fuí un insensato.
BRUN. Perdono,
y ni siquiera me quejo.
JUAN. Quien puso en tu corazon
(En tono de reconvenirla.)
manantial de fé cristiana,
puso la fuente que mana
torrentes de abnegacion.
BRUN. (¡Ah!)
RODRIGO. Ya paga en el suplicio...
BRUN. Es venganza, no justicia;
ten, si no tienes malicia,
el valor del sacrificio.
RODRIGO. ¡Yo mi perdon cenceder?
BRUN. La matas con tu sentencia.
(Señalando á la Aldonza, á quien D. Juan ayuda á que

se incorpore, y que lanza un ¡ay! de angustia.)
¡Es madre! Con la elocuencia
del alma de una mujer
te hablo por ella: Rodrigo,
no puede á su Dios amar,
quien no sabe perdonar
magnánimo á su enemigo.

JUAN. Andad lentamente, asi...
(Trayendo á la Aldonza, agobiada de sufrir, al grupo en que estan Brunilda con rostro suplicante, D. Rodrigo irascible.)

ALDONZA. ¡Señora!...

BRUN. (¡Infeliz!)
(Al acercársele entra Fortuña por el foro, muy apresurada: Brunilda, rápidamente, le sale al encuentro.)

ESCENA XV.

D. JUAN, D. RODRIDO, BRUNILDA, ALDONZA, FORTUÑA.

BRUN. ¿En dónde
tienes la carta? Responde...
(Con angustia.)

FORTUÑA. ¿La de fray Pedro?
(Señal afirmativa de Brunilda.)
Está aqui.
(Aldonza, muy abatida, se apoya en el seno de Don Juan: al oir nombrar á Jaime se incorpora. Durante la lectura de la carta, que ha de interpretar Brunilda, se pintan en su rostro los combates de su espíritu.)

BRUN. (Á su esposo. Acercándose al candelabro.)
Escucha.
(Leyendo.) «Jaime, señora,
»de sus errores abjura,
»y con alma casta y pura
»al Dios que adorais adora.
»Á los pies del Crucifijo,
»en llanto de amor bañado,
»hacer feliz ha jurado
»á la madre de su hijo.»

ALDONZA. ¡Ah!

BRUN. Si.—(Leyendo.) «Tiene un alma ardiente,

»que hoy es pura como el oro;
»dad mas valor al tesoro
»siendo con Jaime clemente.
»Esa alma el Señor destina
»á la mansion perdurable;
»ya de la Gracia inefable
»le alumbra la luz divina.
»Yo, que rompí á don Rodrigo
»los hierros del cautiverio,
»arranco un alma al imperio
»de Luzbel, nuestro enemigo.
»Al daros mi absolucion,
»pido al Dios que nos auxilia
»la paz de vuestra familia
»y para Jaime el perdon. (Pausa.)
»Fray Pedro Nolasco.»

(Levantando el pergamino á la altura de los ojos de don Rodrigo. Este ha querido interrumpir algunas veces la lectura de la carta; pero Brunilda ha seguido imperturbable, cada vez con acento mas persuasivo, y en tono de reconvencion á D. Rodrigo.)

RODRIGO. Sí,
viva, que viva.

(Cuando D. Rodrigo dice «¡que viva!» se precipita hácia el foro, á tiempo que entra Miguel.)

ESCENA XVI.

DICHOS, MIGUEL.

RODRIGO. ¡Miguel!
Vé... (Indicándole que salga del teatro.)

MIGUEL. (Que ha oido las últimas palabras de D. Rodrigo.)
Ya no existe. El infiel,
(Terror general.)
soberbio, fiero...

BRUN. (Dejándose caer en un sitial.)
¡Ay de mí!

MIGUEL. De un pomo infernal aspira
la negra esencia; al momento
cae rendido al pavimento,
y entre congojas espira.

(Á las palabras de Miguel, Brunilda se ha levantado, y dice con honda angustia.)

BRUN. ¡Suicida! Buen Dios! buen Dios!

ALDONZA. (Airada.)
No hay en los hombres piedad.

JUAN. (Queriendo detenerla, porque se abalanza á D. Rodrigo con ímpetu sañudo.)
¡Aldonza! Aldonza!

ALDONZA. (Como antes.) Apartad.
(Á D. Rodrigo.)
Vos, devolvédmele vos,
que tomasteis mi defensa.

RODRIGO. ¡Señora!...

ALDONZA. Yo le perdono,
porque me hablan en su abono
mi amor y su misma ofensa.

(Percíbese rumor dentro: pasa un grupo de peregrinos, lentamente, por el fondo, sin entrar en la escena: de entre ellos se desprende uno que se adelanta al proscenio, y luego ha de quedar en el centro. Los interlocutores forman un semicírculo, de modo que Miguel quede frente á D. Rodrigo. Al peregrino que entra en escena le cubre el rostro un sombrero de grandes alas.)

ESCENA ÚLTIMA.

D. JUAN, D. RODRIGO, BRUNILDA, ALDONZA, FORTUÑA, MIGUEL, D. JAIME.

RODRIGO. ¿Qué ruido es ese? (Conmovido.)

FORTUÑA. Al lucir
los albores matutinos,
se alejan los peregrinos
y os saludan al partir. (Luz de aurora.)

JAIME. (Descubriéndose.)
¡Adios!

TODOS. (Ménos Fortuña.)
¡Ah, Jaime!
(Esta exclamacion de asombro la dá cada interlocutor segun el afecto que D. Jaime le inspire.)

JAIME. (Con dignidad y ternura.) Rodrigo...

RODRIGO. (Entre asombrado y confuso, con ímpetu de enojo, encarándose á Miguel.)
De quién hablabas!

MIGUEL. De Andres.

JAIME. Voy á Santiago. Despues
(Dirigiéndose á la Aldonza, á quien toma con ternura una mano, en señal de despedida.)
iré ante el altar contigo.
(Á D. Rodrigo.)
Al ir fray Pedro en tu nombre
mi existencia á prolongar,
me manda peregrinar
para volver otro hombre.

RODRIGO. Jaime... (¡Qué vergüenza!)

BRUN. (Al ver la confusion y sonrojo de su marido, desciende del foro, adonde fué cuando D. Jaime empezó á hablar: colocándose entre este y D. Rodrigo, dice á su esposo:)
Cielo!
Fray Pedro se acerca ya,
y ante él tu mesnada está
con la rodilla en el suelo.

JAIME. Extended vuestro favor (Á Brunilda.)
al hijo del alma mia...
(Se despide conmovido, y váse por el foro, á tiempo que suenan, pausadamente, doce campanadas en la torre del castillo.)

BRUN. Está despuntando el dia.
¡Alabemos al SEÑOR!
(Las campanadas suenan mientras cae el telon. Los peregrinos aparecen á lo lejos, como en el primer acto, con la diferencia que entonces subian por una rampa y ahora la bajan. Brunilda se adelanta al primer término, mientras se percibe, lejano, el canto de los salmos, que entonan los peregrinos saliendo del castillo, y mientras en la torre del homenage suenan lentas, sonoras, las doce campanadas, de rodillas, levantando las manos al cielo, exclama con fervor:)
Artífice Excelso que cielos y tierra
al eco formaste de mística voz!
Monarca que pisas alfombra de estrellas
y eclipsan tus ojos la fuente del sol!

Tu nombre yo invoco, Paciente Cordero,
tus santos preceptos adora mi fé...
Perfuma tu aliento las cumbres del cielo
con suaves aromas de lirio y clavel.
Mi labio publica tu gloria, tu santa
uncion que me eleva, y al pié de la cruz
prorumpe mi acento, con ayes del alma:
¡SEÑOR, NADA HAY GRANDE, QUE EL GRANDE ERES TÚ!

FIN.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 27 de abril de 1861.

El censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

SALMO QUE CANTAN LOS PEREGRINOS.

(*Quinto de los de David.*)

Presta oidos, Señor, á mis palabras: escucha mis clamores.

Atiende á la voz de mis súplicas, ¡oh, mi Rey y Dios mio!

Porque á tí enderezaré mi oracion; de mañana ¡oh Señor! oirás mi voz.

Al amanecer me pondré en tu presencia, y te contemplaré, porque no eres tú un Dios que ame la iniquidad;

Ni morará junto á tí el maligno, ni los injustos podrán permanecer delante de tus ojos.

Tú aborreces á todos los que obran la iniquidad; tú perderás á todos aquellos que hablan mentira, etc., etc.

ADVERTENCIA.

Brunilda viste de negro, con tocas de viudez. Representa de treinta á treinta y cuatro años.

Aldonza, bajo la esclavina, lleva traje de hombre, en todo el drama; representa de veinticinco á treinta años.

D. Rodrigo y D. Jaime son jóvenes, en la edad de las fuertes pasiones.

d en 1818.
d á vista de pájaro.

y Blanco.
no se entiende, ó un hom-
tímido.
za contra nobleza.
todo oro lo que reluce.

pia

sito de enmienda:
r á rio revuelto.
lla y por él.
eridas las de honor, ó el
agravio del Cid.
puerta del jardin.
oso caballero es D. Dinero.
os veniales.

convido al Coronel!...
mucho abarca.
suerte la mia!
n es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Si la mula fuera buena...

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quema ropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

ica y Medoro.
s de buena ley.
l mas feo.

yina la Gitana.
o y Marte.
y Flora.

enando.
Mariquita.
risanto, ó el Alcalde pro-
or.

chiller.
ctrino.
ayo de una ópera.
lesero y la maja.
rro del hortelano.
uta y en Marruecos.
on en la ratonera.
imo mono.
os de carnaval.
irio (drama lírico).
stillon de la Rioja (*Música*

El Vizconde de Letorieres.
El mundo á escape.
El capitan español.
El Corneta.
El hombre feliz.

Juan Lanas. (*Música.*)

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos Flamantes.
La modista
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
La Toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La Cruz de los Humeros.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina:

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.

Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Palomares.
Badajoz	Rino.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Garcia Alvarez.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Garcia.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Murcia	Hered. de Andrion.
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Mántaras.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Meneses.
Sanlúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Power.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Pujol.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Moles.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Galindo.
Ubeda	C. Treviño.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.